

Último Deseo

Amalia Prieto Soria



Capítulo 1

¿Alguna vez os habéis detenido unos segundos solamente para observar qué hay a vuestro alrededor?

¿Contemplado los colores que tornan el cielo y preguntaros si está amaneciendo o anocheciendo?

¿Observado la luz del sol danzar entre las hojas de las altas copas de los árboles?

¿Llenado vuestros pulmones con el olor a mar y saborear la sal?

¿Disfrutado de un concierto al otro lado del recinto?

¿Bañaros en la piscina con o sin ropa?

¿A correr tanto hasta caer exhaustos? ¿Reído tanto hasta doblaros por el dolor de estómago o de mandíbula?

¿A sentirnos jóvenes, inmortales e invencibles?

¿Alguna vez habéis pensado que estamos aquí de paso y que la vida se nos va tan veloz como un parpadeo?

Todos y cada uno de los habitantes de nuestro planeta solo viven, no viven. ¿Cuál es la diferencia? La diferencia es enorme.

Colosal.

Sólo vivir y vivir no son líneas paralelas que se alargan hasta el final de nuestros días, son líneas totalmente diferentes dependiendo del contexto que le demos, del significado que queramos darle a nuestra vida.

Amor, celos, venganza, poder, dinero, violencia... Nos movemos por esos caminos sin saber si realmente queremos ir en esa dirección simplemente porque nos lo han impuesto, o por decisión propia o quizás por cabezonería o porque creemos o creen que es lo correcto. En muchas ocasiones somos marionetas al servicio de los poderosos, o de los que creemos tener por amigos, o por parejas, e incluso por nuestros familiares más cercanos.

Seguro que estáis pensando que yo sé todo sobre el significado de la vida. Que mi vida es perfecta, que YO soy perfecto. Permitidme deciros cuán equivocados estáis.

Mi forma de pensar y la de la mayoría de los jóvenes de mi edad no son tan diferentes. Odiaba el pueblo donde nací y crecí. Solo quería convertirme en un adulto y salir cuanto antes de aquel lugar que olía a sal y pescado. Quería alejarme de lo que mi padre tenía planeado para mi futuro. Quería huir de mi vida sin pensar siquiera qué era la vida y lo que podía acabar perdiendo por mi puro egoísmo. En realidad lo que más odiaba era mi simple existencia.

Los ancianos de mi pueblo suelen decir que siempre hay alguien que nos envía señales sobre qué camino debemos de tomar. Que nos ayuda y nos aconseja, que nos enseña las cosas maravillosas que hay a nuestro alrededor al pasar totalmente desapercibidas por nosotros, pues no le damos la importancia que realmente merecen.

No sé vosotros, pero yo tuve la oportunidad de tener a mi lado a una de esas personas de las que los ancianos hablaban.

Ella fue la única capaz de conseguir que abriese los ojos. Me enseñó a valorar lo que tenía, a disfrutar de mis días en el instituto, a aferrarme a mis mejores amigos, a ver lo maravilloso que podía ser vivir en mi pueblo, a aprender de sus habitantes, de sus formas de vida, de sus festivales y costumbres. Ella me enseñó a entender el significado de la palabra familia, pero sobre todo, me enseñó a apreciar el significado de la vida al completo. A vivir a su lado, a aprender cosas juntos, a aferrarnos a los recuerdos y a pensar en el futuro a corto plazo.

Ella me enseñó todo lo que hoy agradezco por conocer pero lo único que jamás me enseñó fue a decir adiós.

Adiós...

Qué palabra tan corta, tan efímera, tan intensa. Y sigo sin poder expresarla. Sin ponerla en mi boca. Desde aquel día no puedo pronunciarla. Siempre me despido con un "*Hasta luego*" o "*Nos vemos*" pero ¿Adiós? Jamás. No quiero aceptar su significado. Duele. Duele muchísimo. Es como si las llamas de un intenso fuego me quemasen la garganta al pronunciarla. Torturándome.

Quizás el que esté leyendo estas, no sé cómo definir las, palabras, sea capaz de pronunciarlo sin más. Sin pensar en su significado más oculto, pero seguro que si encontráis o habéis encontrado a esa persona la cual os arranca el alma para acunarla entre sus brazos y llenarla de vida entonces sabéis lo que se sufre al sentir que vuestra saliva se transforma en lava con pronunciar susodicha palabra.

¿Que quién es ella? ¿La chica de la que hablo?

Ella es toda mi existencia.

Es mi vida.

Es esta historia.

Pero antes de empezar a narrarla me gustaría añadir algo.

Si aún no habéis encontrado a esa persona que os haga ver la vida con los colores del arco iris y no en distintas escalas de grises, acompañadme en esta pequeña aventura. Creo que cuando la historia termine veréis las cosas de otra manera. Si no es así, pido disculpas, no todos vemos lo que nos rodea de la misma forma pero sí estoy seguro de que os sacaré alguna que otra sonrisa y que os gustará experimentar algunas de las cosas que yo experimenté ya en aquellos lejanos días.

Quizás lloréis. Quizás no. No lo sé. Pero espero que si derramáis lágrimas entre palabra y palabra no sean de tristeza. No sintáis pena por esta hermosa historia. Quiero que vuestras lágrimas sean puras y os hagan sentir más fuertes para que cada mañana al despertar os miréis en el espejo y gritéis bien alto:

“ESTOY AQUÍ PARA VIVIR, Y NO SÓLO, PARA VIVIR”

Capítulo 2

Primer Deseo

La ceremonia dio por concluida el primer trimestre de mi deseado último año en el instituto. Y mientras me inclinaba al compás de mis compañeros para despedirnos del director pensaba "Ya queda menos. Dos trimestres más. Solo dos trimestres más y podré largarme de este lugar".

Con este pensamiento salí al exterior del gimnasio dónde el sol me cegó y desvié la mirada hacia un lado donde la imagen de otros estudiantes conversaban alegres por el comienzo de las vacaciones de verano ya apenas conseguía impactarme.

Sentí ganas de vomitar.

-¡Hikari! – Me volteé al escuchar mi nombre - ¿Te vienes? Vamos a ir al karaoke con algunos compañeros de la clase.

Negué con la cabeza y me alejé de mis amigos alzando el brazo en alto.

Karaoke.

Verano.

Vacaciones.

Hacer el vago todo el día.

Terminar los deberes la noche previa al regreso de clases.

No quería nada de eso. Solo quería recoger mi mochila, irme a casa, jugar a videojuegos hasta la madrugada, quedarme dormido y que al despertar fuese ya la ceremonia de graduación e irme. Coger el primer tren de la mañana rumbo a ninguna parte. Largarme. Esfumarme. No volver nunca a este pueblo.

No tener que volver a verle.

Caminaba hacia la clase rodeado de risas y buen ambiente. Las vacaciones de verano eran cortas pero las más esperadas. Buen tiempo, playa, festivales, largas horas en la calle, helados, senderismo, ir al cine... Todos hablaban de lo mismo. Maldito instituto. ¡Acábate ya!

Da la sensación de que odio el instituto, las clases, el estudiar, pero no es así, es solo que quiero que todo termine. El instituto está genial. Los profesores son geniales, te dan mucha libertad en cuanto a usar el

uniforme o usar ropa informal. No hay unas reglas establecidas ni nada por el estilo. Puedes usarlo o no. No es una obligación. Tampoco te agobian con el tema de la universidad, ellos saben más que nadie quiénes quieren ir a la universidad y quiénes quieren entrar en el mundo laboral, de ahí que jamás mi tutor en estos tres años se haya reunido con mi familia para hablar sobre mi futuro. Lo dejaba yo bien claro con mis notas. Aprobados por debajo de la media. Nada más.

Si quisiera ir a la universidad sacaría sobresalientes, estaría siempre entre los cien primeros estudiantes pero ¿Para qué? Si lo que yo quería era independizarme, encontrar un trabajo y ser libre. ¿De qué me iban a servir unas notas magistrales para trabajar en cualquier parte? Mientras me diera para sobrevivir ¿Qué más quería? Si ya me jodieron mi sueño ¿Para qué quería ser buen estudiante? Bien contento que tenía a mi padre pues para ser pescador, como lo era él, no necesitaba ser un estudiante modelo pero bien que quería que espabilase y no siguiera siendo un cero a la izquierda como bien me recordaba en cada desayuno, en cada almuerzo y en cada cena.

Él fue quién me arrebató mi ilusión por crecer, por estudiar y por trabajar en lo que más soñaba. Ser arqueólogo. Pero en cuanto se lo dije... Aún siento ese hormigueo en la mejilla.

Pescador. ¿Qué tenía de divertido subirse a un barco, lanzar una red y esperar durante horas para recoger las redes repletas de pobres peces dando pequeños saltitos moribundos y regresar a casa? A parte, ¡ME MAREABA EN LOS BARCOS! Me era imposible permanecer en uno de ellos por más de cinco minutos. Pero eso a mi padre le daba igual. Me repetía lo inútil que era y que ya se me pasaría el mareo. Él no pensaba en su hijo, pensaba en su trabajo. En la pescadería familiar.

Para mi padre su oficio era, sin ninguna duda, el más importante de todo el pueblo. Y me atrevería a decir que de todo el mundo entero. El poder traer comida y dinero a casa, el arriesgar tu vida en alta mar, eso era lo más grandioso que pudiera existir, y si encima has estado a punto de perder la vida en una enorme y terrorífica tormenta, te darían el premio más importante que existiese. Y mi padre bien podría tener alguno de ellos, como siempre nos repetía varios días a la semana relatándonos como estuvo a punto de morir ahogado entre las oscuras aguas y de cómo el Dios del Mar, el Dios al que mi pueblo le debe devoción y a quien le celebran un festival en su nombre cada verano, le rescató devolviéndole de nuevo al barco, y no sus compañeros como realmente fue.

-Que se terminen ya las vacaciones, que se terminen ya... - murmuraba subiendo las escaleras del tercer piso donde se encontraba mi clase.

-¡Qué ganas tengo de que empiece ya el festival! ¿Quién será la elegida

este año?

-¡Ojalá pudiera ser una candidata! Me haría tanta ilusión ser la ofrenda a nuestro dios.

-¿Os imagináis que existiera de verdad y te llevase con él a las profundidades del mar?

-Si es como Mamoru Miyano le pediría que me llevase hasta el fin del mundo.

Risitas nerviosas pasaron por mi lado.

¿El festival, eh?

Tendré que ir preparándome... refunfuñé entre dientes.

Finalmente llegué al tercer piso donde me asomé por la ventana y ya apenas quedaban estudiantes en el patio. La mayoría habían cruzado la verja comenzando con ilusión sus deseosas vacaciones.

-Te lo agradezco, pero ya estoy saliendo con alguien.

Me quedé quieto a punto de abrir la puerta del aula. ¿Una confesión? Era la primera vez que oía una totalmente ajena a mí.

Agucé un poco más el oído y capté varias pisadas que se acercaban. Corrí de nuevo hacia las escaleras para disimular que estaba subiendo, y a mitad de estas vi al chico que acababa de salir de la clase. Se trataba de mi compañero, Hinata Shouta, el tío más tonto y creído de todo el instituto. Por no decir uno de los más populares. Las chicas estaban como locas por él y no se daban cuenta, o quizás sí, de que cada semana estaba con una chica totalmente distinta. No entendía, ni lograré entender jamás, por qué las chicas les daba igual salir con un chico que no las valoraba, que solamente salía con ellas para acabar en un motel de mala muerte.

-Que tengas buenas vacaciones, Aoyama.- me saludó.

-Lo mismo digo, Hinata.- murmuré entre dientes.

Sonreímos y ambas sonrisas desaparecieron tras darnos la espalda. No nos caíamos bien. Desde el primer instante en el que nuestras miradas se cruzaron supimos que jamás llegaríamos a congeniar. Mejor, ya tenía a un chico popular con las chicas como mejor amigo, dos serían multitud.

Regresé a la clase molesto y al abrir la puerta me encontré allí con la chica que se acababa de confesar. Tenía los brazos apoyados en el pupitre y la cabeza sobre éstos. ¿Estaba llorando? No la oía sollozar. Me acerqué a

ella lentamente y abrí la boca con la intención de decirle algo pero ¿El qué? ¿Qué podía decirle? Creo que no estaba en mi clase.

-Perdona, no pretendo ser entrometido ni quería escuchar lo que ha pasado pero no deberías estar triste. Ese chico no merece que estés así, es un creído y lo único que le interesa es jugar con las tías.

No contestó y eso me ponía más nervioso.

Me acerqué más a ella y me di cuenta de que ni estaba llorando, ni estaba triste ni nada por el estilo. Simplemente se encontraba echada sobre sus brazos mientras escribía y tachaba con bolígrafo negro en una libreta bastante vieja y desgastada.

-¿Te encuentras bien?

Puse mi cabeza a la altura de la suya pero de repente se incorporó y sus preciosos ojos negros me clavaron en el sitio. Eran enormes. Sus pestañas parecían abanicos abiertos de par en par, tenía las mejillas un poco hundidas y sin apenas color pero a pesar de ser tan pálida había algo en ella que la hacía brillar. Sin previo aviso salió corriendo de la clase dejándome allí con cara de bobo, pero cuando quise darme cuenta mis piernas corrían tras ella. Ignoraba porque iba en su busca pero mi cuerpo entero me gritaba que no la dejase marchar. ¿Por qué? ¿Por qué quería atrapar a aquella delgada figura cuya alta coleta se mecía de un lado a otro en su espalda?

¿Por qué?

-¡Espera!- grité sin más en las taquillas. Ella se detuvo en la puerta con la respiración acelerada. Sus delgados hombros subían y bajaban al mismo compás que los míos -Perdona, no quería asustarte, solo quería saber si estabas bien.

No se giró hasta recuperar la compostura observándome con la misma mirada intensa de antes. Me olvidé de respirar.

-Tranquilo, estoy bien. Muchas gracias por preocuparte.

Se inclinó y salió al exterior con paso acelerado pero esta vez mis pies no se movieron, no querían seguirla. Alcé la mano y cerré el puño como si pudiera detenerla a tal distancia pero al abrirlo ésta ya había cruzado la cancela.

La saliva se me había quedado atorada en la garganta.

¿Qué era aquel hormiguero que me recorría de arriba abajo? ¿Por qué una parte de mí me gritaba que fuese tras ella y otra que la

olvidase por completo?

No pude responder a ninguna de las dos.

Capítulo 3

Segundo Deseo

Era cerca del mediodía cuando desperté.

Había pasado muy mala noche donde extrañas pesadillas me acribillaban sin cesar, sombras oscuras se cernían sobre mí, una luz que ansiaba alcanzar para escapar y que cuando, finalmente, la tenía al alcance de mi mano aparecía ella. La extraña chica del instituto. Con su mirada triste e impoluta, con su piel pálida, su media sonrisa para luego darse la vuelta, alejarse de mí y acabar engullida por esas sombras que aun estando despierto me erizaban la piel.

Decidí darme una ducha rápida al despertar empapado en sudor. Cuando terminé, bajé al salón pero no había nadie, tan solo una nota pegada en el frigorífico avisándome de que tenía que calentar el almuerzo. No podía probar bocado. No tenía hambre, tan solo ganas de vomitar al sentir el frío de las pesadillas.

Finalmente opté por beberme un vaso de zumo de naranja. La acidez y el frío me despejaron y me sentí activo. Activo para salir y dar una vuelta. No quería quedarme en casa lo que era muy extraño pues siempre prefería quedarme cuando no había nadie y salir a pasear cuando todos estaban en ella. No pensé mucho más en eso y me encaminé hacia la playa donde seguramente encontraría a mis amigos o a mis hermanas pero cuando quise darme cuenta me detenía en cada tienda, en cada esquina, en cada supermercado buscándola. Buscando a la chica de ayer. Agité la cabeza para olvidarme de nuestro encuentro pero de nuevo me sorprendía a mí mismo buscándola. ¿Por qué? ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella? ¿Qué quería de ella? Me dijo que estaba bien y ni siquiera pude reconocerla. ¿Sería nueva? ¿Sería de otra clase? ¿De otro curso, tal vez?

Me rasqué la cabeza enfadado conmigo mismo. ¿Qué me estaba pasando?

Aceleré el paso hasta llegar a la playa. Era imposible encontrar a mis amigos o a mis hermanas entre tanta gente. El pueblo entero estaba disfrutando del mar, por no hablar de los turistas que nos visitaban para el festival muy conocido en los alrededores. ¿Y ahora qué hago? Me preguntaba caminando hacia las rocas de los acantilados. No podía contactar con ellos al haberme dejado el móvil en casa pero tampoco ellos me habían llamado para acompañarles a la playa aunque seguramente no

lo habían hecho al saber mi obvia respuesta.

Volví a sentirme irritado.

¿Cómo podían seguir estando a mi lado si apenas les hacía caso?

No lo entendía pero sí me sentía afortunado de tenerles. ¿Qué sería de mí si no les tuviera como amigos? ¿Serían las horas más largas entre las cuatro paredes del instituto? ¿Tendría una personalidad más oscura, más osca? ¿Sería más huraño? ¿Más solitario?

Quizás fuese lo mejor, así llegado el momento de irme no tendría que despedirme de nadie.

-¡¡Cuidado!!

Una asustadiza voz me alertó y antes de que pudiera cubrirme esperando que algún objeto desconocido impactase sobre mi cabeza algo cayó justo al lado de mis pies. Bajé la mirada incrédulo al ver que solo se trataba de un delgaducho palo. Lo recogí extrañado examinándolo con atención pues de uno de sus extremos le habían anudado lo que parecía ser un hilo para pescar y del final de éste un aterrorizado gusano se movía sin control.

-Pero qué...

-¿Te encuentras bien? – giré sobre mí mismo y me quedé embobado observando a la chica que bajaba con cuidado por las rocas. No podía creerlo. No había dejado de buscarla desde que había salido de casa y justamente cuando mi mente ya parecía olvidarla ¡Pum! Aparece delante de mí - ¿Estás bien? – volvió a preguntarme pero no podía responder. Me había dejado sin habla – Lo siento muchísimo, he lanzado la caña con tanta fuerza que se me ha resbalado de las manos. ¿Te he dado? ¿Te has hecho daño?

Con la cabeza en las nubes y sin ser capaz de moverme vi que se acercaba a mí para mirarme con detenimiento. Un momento ¿Qué es lo que acaba de decir? ¿Qué estaba pescando? ¿Qué la caña de pescar se le había caído? ¿Qué caña? Miré de reojo hacia mi mano... ¿Hablaba de este palo?

Y sin más estallé en una carcajada.

No podía dejar de reír. Me doblaba de la risa.

-Si eres capaz de reír con tanta energía debe ser porque te encuentras bien, qué alivio.

Me limpiaba las lágrimas al mismo tiempo que ella cogía aire llenándose los pulmones.

-Perdona pero ¿A qué te refieres exactamente con que se te ha escapado la caña de pescar?

-Pues precisamente eso.- me quitó el palo con suavidad – Estaba tan emocionada con el hecho de poder pescar cangrejos que se me ha escapado. No sabes lo aliviada que me siento al saber que no te he dado.

Volví a reír. Reía y reía como en mucho tiempo no había hecho.

Me dolía todo el cuerpo.

-¿Qué te resulta tan gracioso? – su voz detonaba enojo. Estaba cruzada de brazos observándome un poco avergonzada.

-Lo siento pero ¡Eso no es ninguna caña! Tan solo un palo enclenque que has encontrado tirado por aquí y al cual le has atado un hilo de pescar. Con eso no pescarías ni al pez más grande del mar.

-¿Qué quieres decir con eso?

Mi sonrisa se borró de repente. Sus enormes ojos se habían humedecido y su rostro se entristecía por momentos.

Genial Hikari ¿Para eso querías encontrarla? ¿Para hacerla llorar?

-Bueno, verás... Me refiero a que no necesitas una caña para pescar cangrejos.

-¿Ah no? Pero mi hermano me explicó cómo hacerlo, paso a paso, e incluso me dibujó cómo debería de ser la caña.

-Creo que tu hermano te estaba gastando una pequeña broma. - volvió a entristecerse – De todas formas – dije rápidamente. Me punzaba el corazón al ver su rostro ensombrecer – es más fácil y rápido si los atrapas con las manos.

-¿Con las manos? ¡Pero y qué pasa con sus pinzas! – dijo horrorizada y me recordó un poco a mi hermana pequeña. Cuánta inocencia en una sola mirada.

-Tranquila, hay formas para evitar que sus pequeñas pinzas no te den un buen picotazo y estés dolorida durante días.- ¿Cómo, cómo? Quiso saber. Sonreí para mí mismo. ¿Qué tanto quería saberlo? ¿Por qué quería pescar cangrejos? Quería saber más y más – Lo primero que debemos de hacer es soltar al pobre gusano aunque con el movimiento que tiene se habría

escapado por sí mismo. Lo has atado con muy poca fuerza.

-Es que no quería hacerle daño.- susurró.

Se agachó a mi lado desatándolo con mucha delicadeza para luego ocultarlo entre las rocas. Eres libre, susurró. No sé por qué dijo aquello pero mi cuerpo tembló a consecuencia de un escalofrío. ¿Y ahora? Se giró hacia mí con las mejillas sonrojadas. No pude evitar sonreír con ella – Ahora tiramos ese palo, tomo prestado el cubo que has dejado más atrás y me sigues. Haz todo lo que yo haga ¿Entendido?

Asintió muy emocionada. ¿Existían chicas de mi edad que aún tuviesen ese toque infantil, esa inocencia?

Tras adentrarnos en las rocas le pedí que fuera con mucho cuidado y que pisase donde yo para evitar que se escurriese y se llevase un bonito recuerdo de una de esas puntiagudas y afiladas rocas como yo lo hice con ocho años. Como bien me recordaba cada día la cicatriz en mi mano izquierda.

Le pedí que guardase silencio y se tapó la boca corriendo. De nuevo sentí ese temblor en mi interior pero decidí aparcarlo por un momento y centrarme en encontrar algún cangrejo que quería tomar un rato el sol. Y no tardó en aparecer. Le señalé con el dedo y sus ojos se abrieron de par en par. Ilusionada, maravillada, eclipsada, como si fuera la primera vez que veía uno.

-Fíjate muy bien en lo que hago. Agarras el cubo con fuerza con una mano y lo vas acercando lentamente hacia el cangrejo mientras haces lo mismo con la mano que tienes libre. Muy, muy lentamente. El cangrejo, al ver que no tiene salida, optará por defenderse y querrá pegarte un buen pellizco pero tú debes ser más rápida y justo en ese momento ¡Zas! – grité alzando el cubo en alto. El cangrejo estaba dentro.

-¿Cómo lo has hecho? – preguntó embobada observando mi presa.

-Es fácil cuando ya tienes mucha práctica. Tranquila, yo te ayudaré.- le tendí el cubo y esperamos la llegada de otro cangrejo que tampoco se hizo de rogar pues querría saber qué había pasado con su compañero – Mientras tú le cierras la salida con el cubo yo le iré cerrando la otra con la mano.

-Ten cuidado.- me susurró sin dejar de observar al animalito.

Me puso nervioso. Muy nervioso.

Me relamí los labios y tragué saliva mientras mi corazón no dejaba de bombardearme por dentro. Respira, respira, es solo un cangrejo, un

cangrejo, un... ¡Qué ojos tan bonitos! ¿Quién será? ¿Cómo se llamará? ¿Habrá venido a pasar las vacaciones? Conocía a todos los vecinos y a ella no la había visto jamás por las calles. ¿Se habrá mudado al pueblo? ¿Vendrá al instituto en el segundo trimestre? ¿Estará en mi clase?

Solo quiero saber quién eres, misteriosa chica.

-¡Lo tengo! – gritó alzando el cubo victoriosa.

Parpadeé un par de veces. Ni me había percatado de lo que acababa de pasar.

-Felicidades, has conseguido capturar un cangrejo.

-¡Muchísimas gracias! ¿Podría probar yo sola? – le contesté que sí y me retiré un poco observándola. No me moví de mi sitio hasta que el quinto cangrejo había caído en su trampa. Se le daba bastante bien y lo hacía con tanta dedicación que daba la sensación que los invitaba a entrar en el cubo y éstos aceptaban agradecidos – No me lo creo ¡No me lo creo! ¡He conseguido pescar cangrejos! Si Tomoya pudiera verme...

-¿Quieres que te haga alguna foto? ¿Un vídeo?

-No tengo móvil.

¿No tenía móvil? ¿Una adolescente siendo libre de la tecnología?

Ahora sí que tenía mucha más curiosidad por saber quién era.

-Si quieres puedes darme su número de teléfono y se lo envío.- pero a la vez que se lo decía me acordé que me lo había dejado en casa. ¡Qué idiota!

-Eres muy amable, pero no es necesario.- sonrió observando el interior del cubo – Bueno, es hora de regresar a casa – y los fue dejando entre las rocas con la misma delicadeza con los que los había atrapado. Despidiéndose de ellos con hermosas palabras. No se bajó de las rocas hasta que el último de ellos se ocultó audaz a su hogar. Y cuando lo hizo la recibí con la misma cálida sonrisa que me transmitía ella – De nuevo, gracias. Ha sido un bonito detalle pero ¿Por qué me has ayudado?

Bajé la mirada avergonzado pero ésta esperaba mi respuesta.

-Me apetecía hacerlo.

-Eres un chico extraño.

Pasó por mi lado sin ni siquiera mirarme. ¿Se iba? ¿Se estaba despidiendo? No, todavía no. No te vayas.

-¡Espera! En realidad te estaba buscando.- la chica retrocedió asustada ante mis palabras y su sonrisa se evaporó para transformar su mirada en horror.

-¿Por qué? ¿Por qué me estabas buscando? ¿Quién te envía a hacerlo?

¿Quién me envía? Me pregunté. ¿De qué hablaba?

-Nadie, no me envía nadie, solo quería saber si estabas bien después de lo de ayer...

-¿Ayer?

Genial. Ni siquiera me había reconocido.

Me tapé la cara con las manos totalmente humillado.

-¡Ah! Eres el chico de ayer. Tranquilo, estoy bien. Tan solo se trataba de un juego.

-¿Un juego?

-¿Quieres jugar? – me sonrió con picardía.

Abrí y cerré los puños un par de veces. ¿Jugar? Ya no era solo nerviosismo lo que sentía, sino también dudas, curiosidad.

-¿Vas a dejar que un extraño juegue contigo?

-Es cierto, mi padre siempre me dijo que no debía de hablar con extraños pero tú no pareces ser un mal chico. – su sonrisa era más fuerte que el sol pudiendo derretirme en cualquier momento - ¿Cómo te llamas? Si me dices tu nombre ya no serías tan extraño.

-¿M-mi nombre? – tartamudeé. Ella asintió dando un paso hacia mí – Hikari Aoyama.

-¿Hikari? – susurró abriendo los ojos como platos. ¿Ocurre algo con mi nombre? Quise saber pero ella negó retornando el color a sus mejillas – Yo soy Nao Tsukishima.

¿Nao? Podía pasarme las horas pronunciando su nombre... Nao, Nao, Nao... Hey, ¿Pero qué estás diciendo? Espabila y baja de las nubes.

Nos estrechamos las manos y antes de darme cuenta caminábamos juntos por la zona rocosa del acantilado. En silencio. Observando el mar por su parte y por la mía observando cada movimiento suyo de reojo. Habían pasado algo más de veinte minutos desde nuestra caza de cangrejos y por el ritmo que llevábamos pronto llegaríamos a la zona infectada de bañistas. No quería llegar hasta allí. El estar a solas con ella me hacía sentir tranquilo, cómodo.

Era muy extraño. Hacía tiempo que nadie me hacía sentir de esa manera, ni siquiera con Rin o con Ninako, que los conocía desde pequeño, me hacían temblar el corazón agitado, impaciente, ilusionado, curioso.

Y con ese pensamiento me quité la camiseta sin vacilar y me sumergí en las limpias y frías aguas. El sabor a sal calmó mis nervios y a pesar de que el sol pegaba con fuerza y que odiaba el verano no quería regresar a casa, quería quedarme entre las olas, observándola. Observando a aquella chica que ocultaba su rostro bajo una enorme pámela blanca.

Me llené los pulmones y me sumergí. En aquella zona había corales impresionantes pero para poder verlos tenías que bucear más profundamente y aunque podía aguantar la respiración bastantes minutos no quería permanecer allí por más tiempo. ¿Y si Nao se va? Salí casi sin aire del agua.

-¿Te has refrescado? – me preguntó al regresar a su lado. No se había movido ni un milímetro.

-Algo. ¿Tú no tienes calor? – aunque la cabeza la tuviera protegida por la pámela llevaba un vestido azul claro hasta los tobillos y las mangas hasta los codos.

-Estoy bien, además no tengo bañador para poder meterme en el agua.

-¿Nunca has probado a bañarte con ropa?

-¿Es divertido?

-Sí, suele serlo y también diferente.- me encogí de hombros - Deberías probarlo un día.

Rápidamente saco una libreta y un bolígrafo del bolsillo de su vestido y se puso a escribir. Intrigado, me senté a su lado intentando ver qué anotaba con tanta rapidez pero no me dio tiempo. La cerró de golpe y sus ojos regresaron a mí.

-¿Quieres que te explique las reglas del juego? Si te atreves a jugar, claro.

-Soy todo oídos.

-Es muy sencillo, lo único que hay que hacer es anotar en esta libreta los deseos que quieras ver cumplidos y llevarlos a cabo.

No entendía nada de nada y Nao tuvo que darse cuenta de ello al ver mi cara de estúpido, por eso me tendió la libreta para que la leyese y jamás hubiera imaginado lo que había en su interior.

**Pescar cangrejos*

**Declararse a un chico*

**Ser rechazada*

Ver el primer amanecer del año

Ir de acampada

Comer helado con amigos

Ir al karaoke

Acudir a un festival.

Y una larga lista de extrañas cosas por hacer y que desde mi experiencia las había hecho todas. Al final del todo estaba la que había añadido escasos minutos antes "*Bañarse con ropa*". No pude evitar sentir tristeza. ¿Qué querría decir todo aquello? ¿Acaso Nao no había podido hacer nada de eso?

-Es mi lista de deseos.

-¿Deseos? – repetí releeyéndola de nuevo. ¿Ir al acuario? ¿Ir a un campamento? ¿Unirse a un club? No entendía nada.

-Dime Hikari, ¿Qué lista de deseos te gustaría ver cumplida si hoy mismo te dijeran que no te queda más de un año de vida?

Y fue ahí cuando mi vida giró 360º y yo no fui consciente de ello.

Acababa de entrar en un juego. Un juego peligroso, divertido, lleno de sentimientos sin descubrir. Un juego que me haría ver las cosas que me

rodeaban de maneras insospechables.

Un juego del que no sería capaz de regresar siendo quién era justo en ese momento.

Juro por mi hermana pequeña, que era lo más atesoraba en mi insignificante vida, que podía ver mi propio rostro reflejado en aquella oscuridad. En la oscuridad que emanaba de sus ojos y en la que, en ese momento, no me importaría perderme. Desaparecer. Pero los latidos de mi corazón retumbándome con fuerza en mis oídos me devolvieron a la realidad. A una realidad que no sabía si creer o no. ¿Lista de deseos? ¿Un año de vida? ¿A qué había venido esa extraña pregunta? ¿Era parte del juego?

-Dime ¿Qué harías? – insistió.

Desvíe la mirada.

-¿Qué haría? – murmuré centrándome en cada una de aquellas palabras. Nao tenía una letra muy bonita y se entendía perfectamente, no como la mía que parecía la letra de un doctor a punto de jubilarse – No lo sé... ¿Deprimirme? ¿Entrar en pánico? ¿Romper todo lo que encontrase en mi habitación? – me encogí de hombros – Seguramente pensaría que por qué yo y no alguien que realmente no mereciera vivir, alguien como un asesino, un violador o ambos. ¿Por qué un chico sano como yo? ¿Por qué un adolescente con tantas cosas por vivir? Sé que parece que soy egoísta pero es lo que pensaría.

-Tranquilo, lo entiendo. ¿Por qué tú y no otra persona?

-Pero no una persona que no se lo mereciera, quiero decir, yo... - me mordí los labios. Estaba siendo un maldito egoísta. Nadie se merecía que le dieran esa impactante noticia, ni siquiera la peor persona nacida en la tierra – Supongo – continué – que me sentiría triste y luego me armaría de valor. ¿Por qué sentir tristeza o deprimirse? Si tan solo te queda un año de vida lo mejor sería salir a la calle y disfrutar del tiempo que te queda y-

-Vivir ¿Verdad? – respondió Nao por mí. Asentí dándole la razón.

Encerrarte en tu habitación llorando horas tras hora, días tras día no iba a curarte, al contrario, estarías perdiendo el poco tiempo que te han dado. Muchos no tienen la oportunidad de gastarlo, se les va, así, sin más. En

un suspiro, en un abrir y cerrar de ojos.

-Viviría cumpliendo aquellos sueños que realmente me gustaría ver hechos realidad, o al menos, los que fueran posibles de cumplir.- respondí con una media sonrisa observando el mar.

-¿Por ejemplo? – se acercó a mí un poco más. Nuestros codos se rozaban.

-¿Viajar? ¿Comer todo lo que quisiera? ¿Tirarme de un avión con paracaídas? – rio conmigo – No lo sé, haría cualquier cosa con tal de que mi familia y mis amigos tuvieran una divertida y entrañable imagen de mis últimos meses y no me recordasen entre lágrimas.

La miré cohibido pero ella me observaba con ojos vidriosos. Abría y cerraba la boca, como si quisiera decirme algo pero no se animaba a hacerlo. Así que decidí yo darle ese pequeño empujón.

-¿Puedo saber el motivo de tu extraña pregunta y de ésta libreta? – pregunté con voz ronca pues podía intuir el significado de todo aquello o tal vez no. Quizás el juego era ese, imaginar que tu vida iba a llegar a su fin en un año y apuntar todos los sueños habidos y por haber que querías hacer pero ¿Ir al karaoke? ¿Unirse a un club? Eran raros porque ¿Quién no había hecho algo como aquello viviendo en Japón? Unirse a un club era obligatorio en algunos institutos e ir al karaoke era como una tradición entre estudiantes...

-Los deseos que hay ahí escritos.- irrumpió Nao en mis pensamientos – Los escribí con solo ocho años.- ¿Ocho años? Pensé – Como puedes ver aquellos que tienen un asterisco son los que he podido cumplir gracias a mi hermano Tomoya o a mi abuelo, y ahora gracias a ti – me sonrojé sin más – Sin embargo, hay algunos que no podía cumplirlos si no salía al mundo exterior – guardó silencio y se abrazó a la libreta – Hikari – su voz temblaba al igual que toda ella – Esos deseos son los deseos que me gustaría ver cumplidos en mi último año de vida.

No pude decir nada.

La garganta se me había quedado seca. Formándose un nudo imposible de bajar.

Sé que había abierto los ojos como platos y que mi cuerpo dio una pequeña sacudida, pero nada más. Fijé la mirada en la cálida arena. ¿Seguía jugando?

-¿Es una broma? – conseguí preguntar pasados unos segundos- ¿Es esto parte del juego del que me hablabas? Porque si es así no tiene ni una maldita gracia.- me incorporé rápidamente y eché andar. Me sentía

furioso, engañado, dolido. ¿Cómo alguien como ella podía burlarse de algo como aquello? Aunque, bueno, tampoco la conocía, quizás se estaba burlando de mí desde el principio, como la confesión de ayer. ¿Lo hizo para reírse de mi compañero? ¿Y qué hubiera pasado si Hinata le responde que sí? ¿Le habría contado todo esto como a mí? ¿Me había elegido a mí porque yo había sentido interés en su juego mientras que Hinata la había rechazado? ¡Me estaba volviendo loco!

¡No entendía nada!

-¡Hikari! – Nao me agarró de la muñeca. Su respiración era acelerada, como si hubiese estado corriendo largos minutos, lo que me pareció extraño pues no me había alejado tanto de ella – ¡L-Lo siento! – tomó aire llenando por completo sus pulmones - No pretendía hacerte enfadar, ni engañarte. No es ninguna broma.

-¿Entonces?

-Te dije lo del juego para que me fuese más fácil contarte por qué estoy aquí.- volvió a tomar aire, aún le costaba respirar - En realidad no sé porque voy a contártelo, no debería contárselo a nadie, nadie debe saber que estoy aquí pero por muy raro que parezca tengo la sensación de que puedo confiar en ti.- no, no sonaba tan extraño porque yo también tenía la misma sensación. Sentía que podía contarle cualquier cosa, incluso aquellos secretos que mis amigos ni siquiera podían imaginarse. Sentía como si la conociera de toda la vida pero que era la primera vez que nos veíamos cara a cara. Como dos amigos que solo se conocen a través de la pantalla de un ordenador o del móvil – Lo siento, no debería haberte hablado de esto. Lo siento. Olvida todo lo que te he dicho. Será mejor que me vaya.

Se dio la vuelta de regreso a las rocas pero al tercer paso fui yo quien la detuve.

-¡Puedes confiar en mí! – dije totalmente seguro de lo que estaba haciendo - Cualquier cosa que quieras contarme, cualquier cosa que quieras hacer, cualquier deseo que quieras ver cumplido, ¡Cuenta conmigo! – grité agarrándola con fuerza de la mano y atrayéndola hacia mí – Quiero saber el verdadero significado de esa libreta y el por qué hay tanta melancolía en tu mirada. Quiero saberlo todo así que ¡Confía en mí, Nao!

¿Confiar? ¿Acaso yo sabía el significado de ese verbo?

No, o quizás sí, no tenía ni idea, lo único que tenía en claro era que quería conocerla, estar a su lado y no dejarla marchar.

Pero Nao no dudó.

Confió en mí y empezó a hablar sin parar, comenzando con la historia de su madre, continuando con la historia de su familia y concluyendo con la suya propia. Una historia llena de inseguridades, pánico, sentimientos inexplorados, impotencia, un valor sacado del propio terror.

Su madre había fallecido de una enfermedad muy rara del corazón, una enfermedad genética que la condujo a ella y a su tío a la muerte. Una enfermedad que había heredado Nao.

Solo tenía cinco años cuando la vida de su amada madre expiró. Ella también había convivido toda su vida con la enfermedad pero a pesar de saber su destino no dejó de luchar y de vivir. Los médicos le habían dicho desde muy pequeña que no llegaría a los cuarenta años, ni como mucho, a los treinta. Falleció con veintiocho, dejando atrás a un marido desolado y roto de dolor al no haber podido hacer nada por su amada esposa. Años de búsqueda, años sin apenas dormir ni comer, años perseguido por las pesadillas. Ni siquiera habiéndose convertido en el mejor doctor del país la había conseguido salvar. Pero no solo le dejó a él atrás, también a dos risueños hijos: Tomoya y Nao.

Tomoya no había heredado la enfermedad para gran alivio de su padre y de su abuelo paterno. Pero la desgracia cayó sobre Nao al cumplir ésta los siete años.

Tanto su padre como su equipo de médicos habían conseguido investigar muchísimas cosas acerca de la enfermedad, entre ellas que podían salvar a sus pacientes con un trasplante de corazón, información que llegó tarde para mi madre, comentó Nao con la voz rota pero sin derramar ni una sola lágrima. También descubrieron que la enfermedad se desarrollaba sigilosamente durante la infancia y que daba la cara antes de los ocho años. Esa fue la razón porque la supieron que Tomoya estaba sano al sobrepasar dicha edad, pero no su hermana pequeña. Nao colapsó en el patio del colegio una cálida mañana de primavera. Cuando la directora se puso en contacto con su padre éste supo que su hija había heredado la horrible y odiosa enfermedad de su madre, y a partir de ese día la vida de Nao cambió radicalmente.

-Me he pasado la mayor parte de mi infancia viajando de un lugar a otro del país, pero no haciendo turismo, para nada, he podido estar en más de treinta ciudades totalmente distintas y no haber paseado por ninguna de sus calles. Me bajaba del avión para montarme en un coche y de ahí rumbo al hospital, y vuelta a empezar. Me hacían todo tipo de pruebas, analíticas semana sí y semana también, exploraciones, y todo para hallar una cura que no existía.

-Pero has dicho que lograron averiguar que con un trasplante la enfermedad podía curarse. Eso me suena a cura.- hablé convenciéndome más a mí mismo que a ella.

-Sí, pero no siempre el resultado es positivo. - ¿Estaba insinuando que...?
- Yo ya recibí un trasplante hace unos años y no hace mucho que regresó de nuevo. La enfermedad ha empezado a contaminar este precioso y amado corazón.

-¿Y si te trasplantan otro? Tal vez la enfermedad se elimine por completo.

Mi respiración estaba agitada.

Nao negó con la cabeza tras decirme que ya no se podía hacer nada más.

-¿Y por eso te has escapado? - le pregunté tras un largo angustiado silencio.

-No creo recordar haberte dicho que me he escapado de casa.

-Uno sabe leer entre líneas ¿Sabes?

Finalmente conseguí arrancarle una sonrisa, muy pequeña, pero ahí estaba.

Directamente no me había dicho que se había ido de casa, pero al decirme que se sentía enjaulada, que se asfixiaba, que así le estaban quitando la vida antes de tiempo y que no se separaba ni un instante de su libreta de deseos supe que había abandonado su hogar.

-¿Nadie sabe que estás aquí? - Nadie y no deben de saberlo, respondió zanjando el asunto.

-Entonces no sé a qué estamos esperando.- estiré las piernas, remojé la camiseta en el agua y me la volví a poner sobre la cabeza. ¡Qué calor había empezado a hacer de repente!

-¿A qué te refieres?

-¿Está claro no? Voy a empezar a concederte deseos, aunque el primero ya lo he hecho.- le guiñé el ojo y su reacción fue muy inesperada. Caminó hacia mí con una enorme sonrisa de oreja a oreja y una radiante luz en sus ojos.

-¿Lo dices en serio? Pero Hikari, no quiero interrumpirte ni que dejes lo que tengas que hacer por mí. Son tus vacaciones de verano ¿No? Tienes que disfrutarlas y descansar porque cuando regreses al instituto tendrás

exámenes.

-Tranquila, el instituto no me interesa y la universidad muchísimo menos.-
puse los brazos en jarra e intenté no hacer caso a aquella mirada - ¿Y bien? ¿Quieres que me convierta en el genio de la lámpara? O en este caso ¿En el genio de la libreta?

Una pequeña carcajada brotó de su delgado cuello.

Que melodía tan preciosa, me resultó aquello.

-El genio de la libreta... Sería un buen título para un libro.

Volvimos a reír.

Le tendí la mano para estrechárnoslas y dar por cerrado nuestro pequeño y extraño contrato pero Nao se detuvo a mitad de camino algo dubitativa.

-¿Vas a decirme que todo lo que me has contado es una broma? – la vi morderse el labio inferior - ¿Nao?

-¡Hikari! - casi gritó mi nombre asustándome– **Tienes que prometerme dos cosas.**

-¿Dos? ¿No te basta con una? – me rasqué la cabeza - Las promesas y yo no nos llevamos nada de bien- le confesé pero su semblante cambió de repente – Está bien, está bien, dime qué quieres que te prometa, oh mi ama – hice una reverencia.

De nuevo su sonrisa apareció pero esta vez algo más apagada.

Suspiró largo y tendido, dio un paso hacia mí y abrió los ojos de par en par, clavando sus pupilas en las mías y dejándome, otra vez, sin respiración. ¿Cuántas veces iban ya? A este ritmo me asfixiaría.

-Primera promesa que no debe ser rota. No puedes enamorarte de mí. Prométemelo.

-¿Y quién dice que no esté saliendo ya con alguien?

-Porque si así fuera no aceptarías a ayudar a una desconocida durante todo el verano. Saldrías con ella por ahí, en citas y todo eso.

Cierto.

Me había calado bien.

-Tienes razón, no tengo novia ni tampoco estoy interesado en tener una ahora mismo, así que respira tranquila, no me enamoraré de ti. ¿Cuál es la segunda?

Otra respiración profunda. Otro paso hacia mí. Otra mirada más profunda e intensa que la anterior.

-Que no irás a buscarme el día que abandone este lugar. Que no intentarás encontrarme ni averiguar sobre mi paradero. Prométeme que me dirás adiós con una enorme y cálida sonrisa, Hikari.

Mi mano temblaba entre la suya.

Habíamos cerrado el contrato.

A partir de esa mañana yo sería el genio de la libreta que intentaría hacerle realidad todos los deseos que estuviera a mi alcance y sin olvidar ni un solo momento en no incumplir ninguna de aquellas dos promesas. Sin embargo, en cuanto nuestras manos se separaron y su sonrisa agradecida desapareció dándome la espalda para regresar al pueblo, supe que una de las dos no lograría jamás cumplirla.

Pero **¿Cuál sería?**

Capítulo 4

Tercer Deseo

¡Por fin ha llegado el día!

¡Por fin me voy de este lugar!

¡Por fin va a dar comienzo mi nueva vida!

Pensaba observando fijamente las vías del tren.

La estación se encontraba atestada de viajeros, como siempre, y el día había amanecido lluvioso y frío lo que era bastante habitual para estar en Marzo. Por aquella zona no empezaban a subir las temperaturas hasta bien entrado Mayo. Pero todo eso me daba igual. Ni el tiempo ni el bullicio iban a impedir que abandonase, para siempre, aquella pesadilla de la que me despertaría en cuanto me bajase del tren en la capital.

¡Tokio!

No sólo iba a poder visitar Tokio sino que pronto viviría allí entre sus enormes rascacielos, estrechas callejuelas, rodeado de todo tipo de ruido, olores y transeúntes de diferentes nacionalidades.

Había encontrado un trabajo sin apenas esfuerzo gracias a mi tutor. Él tenía muchos conocidos en la capital y uno de ellos era el dueño de una importante empresa de empaquetado. Quedaron para beber una noche de sábado, hablaron, se pusieron al día y me mencionó entre cerveza y cerveza. Le dijo que en cuanto terminase el instituto me pasase por allí que ya sabía en qué sector me colocaría. ¡Dicho y hecho! No había pasado ni un día de la ceremonia de graduación y ya estaba más que listo para partir.

-¡Alegrad esas caras que no estamos en un velatorio! – exclamé pero mis amigos no sonrieron – Chicos, no es una despedida para siempre, nos volveremos a ver. Además, muchos de vosotros vais a la universidad de Tokio, seguro que nos vemos más de lo que creéis.

De nuevo mostré mi mejor sonrisa sin resultado alguno. Rin y Ninako me miraban con desafío mientras que Takumi observaba a su alrededor intranquilo como si quisiera irse, Tohru jugueteaba con su pelo y Heiji ni parpadeaba mirando su móvil.

-En serio chicos, que no vaya a la universidad no es de vida o muerte.

-Nunca te hemos agobiado con el tema de la universidad, Hikari. Siempre hemos respetado tu decisión de querer irte. Sabes lo mucho que te comprendemos pero-

-Pero lo que no comprendemos es cómo puedes irte precisamente ahora.- terminó de hablar Ninako por Rin – Hikari, tu familia se está rompiendo y tú vas a darle la espalda.

-¿Mi familia? – murmuré - ¿De qué habláis?

-¿En serio vamos a jugar al "*No sé nada*" para irte y dejarles atrás? Jamás pensaría que fueras ese tipo de persona. Creía que amabas a tu hermana pequeña por encima de todas las cosas pero se ve que te da igual que la enfermedad la esté matando con tal de alejarte de tu padre.

-Espera, no entiendo lo que dices Ninako.

-Adiós Hikari, ojalá no regreses nunca.

-No queremos saber nada más de una persona como tú.

-Esperad, ¡Esperad! – grité corriendo tras ellos pero no pude alcanzarles pues la luz se apagó de golpe. La estación, el murmullo, el sonido de las vías retumbar bajo el peso de los trenes, todo se apagó – Ah, ya entiendo, estoy soñando... - y respiré aliviado. Ayumi no estaba enferma, estaba bien, sana, más sana que nunca y el instituto no había terminado, tan solo habían empezado las vacaciones de verano pero ¿Por qué sentía que todo parecía tan real? Las palabras afiladas de Rin y Ninako, la impasibilidad de Heiji y Takumi, la poca valentía de Tohru al enfrentarse a mí. ¿Por qué?

-¡Hikari!

Alguien chocó contra mi espalda. Al girarme la luz, algo más tenue, regresó y mi hermana pequeña y yo nos encontrábamos solos en un enorme espacio traslúcido.

-¿Ayumi? ¿Qué ocurre? - Tenía el semblante blanco, los ojos desorbitados y me abrazaba con fuerza, clavándome sus pequeños dedos en las costillas. Intenté soltarla pero más se aferraba a mí. Temblaba. Emitía pequeños sollozos observando a su espalda - ¿Viene alguien? – y su respuesta fue colocarse tras de mí. No había duda alguna, algo se acercaba.

-No hay tiempo.- la escuché decir – Se acaba el tiempo.

-¿A qué te refieres?

-Se le acaba el tiempo. Ya viene. Ya viene.

-¿Quién viene?

-La muerte.

Señaló hacia al frente y todo se volvió oscuro de nuevo. Sabía perfectamente que se trataba de un sueño, una pesadilla, pero no lograba despertar. Las manos heladas de Ayumi me contagiaban. ¿Estaría dormida a mi lado? No sería la primera vez que se despierta en mitad de la noche y se colaba en mi cama totalmente sonámbula.

-¡Ya está aquí! – gritó alejándose.

-¡Ayumi! ¡Ayumi! – le gritaba corriendo sin rumbo a ninguna parte. No veía ni oía nada. Ya no escuchaba sus sollozos, ni su voz horrorizada. Estaba solo ¿no? – ¿Quién está ahí? – nadie respondió a mi pregunta - ¿Hola? – pero solo mi voz resonaba en forma de eco – Tengo que despertar...¡Vamos despiértate, Hikari! – me bofeteé con fuerza pero nada, no lo conseguía. ¡Qué sueño tan perturbador! Tan asfixiante, tan...

-¿Angustioso?

-¿Nao? ¿Qué estás haciendo aquí?

¿Por qué estaba Nao en mi sueño?

-Es la hora. El tiempo ha llegado a su final. Debo regresar a casa.

-¿A casa? Pero si nos hemos conocido hoy. Apenas he conseguido hacerte realidad un deseo ¿Qué hay de los demás? ¿De todo lo que quieres hacer?

-Es la hora. Adiós, Hikari.

-No, no es la hora. Aún te queda un año de vida, o más, tu padre puede encontrar una cura. – siguió su camino - ¡Espera, Nao, espera!

Pero desapareció cayendo por un enorme agujero frío, helado, oscuro que había aparecido de la nada para engullirla.

No pude hacer nada por ella.

No pude agarrar su mano para que no cayese.

No pude salvarle la vida.

Ni podrás salvársela.

¿Quién ha dicho eso?

-¡iHikari!! ¿Hasta cuándo piensas dormir? Que estés de vacaciones no quiere decir que puedas estar en la cama todo el día.

Cuando abrí los ojos tenía la mitad de la espalda en el suelo y los pies sobre la cama. No sé si fue la voz de mi hermana mayor o la caída lo que me sacaron de aquella horrible pesadilla pero el miedo y el frío seguían perennes en mí.

¿Qué cojones ha sido ese maldito sueño? Susurré sentándome en el suelo durante unos segundos hasta que me incorporé tembloroso. Sentí de nuevo ese frío intenso que me transmitieron las manos de Ayumi y levanté la mirada, el aire acondicionado seguía encendido y a una temperatura extremadamente baja. ¿Acaso lo había bajado mientras dormía? No tenía ni idea.

Lo apagué rápido, subí la persiana y en cuanto el sol irrumpió en mi habitación empecé a entrar en calor.

-¡Baja de una vez, Hikari!

-¡Ya voy! – grité abriendo la puerta ofuscado. Odiaba que me despertasen a voces pero mejor mi hermana y no mi padre. Él se limitaba a abrir la puerta de golpe y sacarme de la cama sin decir buenos días. Me metía bajo la ducha con el pijama, abría el grifo del agua fría para que me despertase y me dejaba allí tiritando. Te quiero abajo en cinco minutos, decía, y cerraba la puerta tras él.

Como lo odiaba.

-Ahí tienes el almuerzo. En cuanto terminéis laváis los platos y tendéis la ropa que no me ha dado tiempo.

-¿Y mamá? – pregunté con la boca llena de arroz.

-Ha salido. Y tú pequeña, pórtate bien o no iremos a la playa este domingo.

-Siempre me porto bien.- exclamó alzando el tenedor.

-Lo sé, pero si no te comes las verduras no habrá playa.

-¡No me gustan las verduras!

Pataleó bajo la mesa inflando los mofletes. Sonreí. Me encantaba cuando hacía eso. Me encantaba que siguiera siendo una niña y sobre todo sus reacciones infantiles, aunque de vez en cuando daba la sensación de que era mucho más madura para su edad que algunos otros niños, sobre todo cuando te preguntaba cosas que ni yo mismo sabía qué responder. Por ejemplo, hace unos días estaba jugando a un nuevo videojuego que Rin había traído para que lo probásemos. Estábamos tan concentrados en intentar completar la misión que no nos dimos cuenta de que Ayumi había entrado quedándose a nuestras espaldas. Como no le hacíamos caso y a ella tampoco parecía importarle mucho seguimos a lo nuestro, hasta que no aguantó más el silencio y lanzó la pregunta.

-¿Le encontráis sentido a la vida jugando a videojuegos?

Ninguno le contestamos y ella salió de la habitación sin decir nada más.

La tarde pasó, Rin se marchó a casa tras quedarse a cenar como la mayoría de los días y en cuanto me tumbé en la cama su pregunta resonó por toda mi cabeza golpeando cada una de mis paredes internas.

Lo peor de todo no fue que apenas consiguiese pegar ojo, sino que no logré hallar respuesta alguna.

-Tú también tienes que comerte las verduras.

-Sabes que las odio.

-Pues precisamente por eso Ayumi también las odia. Imita todo lo que hagas. Deberías estar más atento para que no acabe copiando tus absurdas manías.- y sin más Akane salió de la cocina rumbo a su habitación.

Ahora iba a ser mi culpa que Ayumi odiase las verduras... Miré su plato y luego el mío. Lo había separado todo de la misma forma que yo. Las verduras por un lado, el arroz por otro y la sopa de miso estaba completamente intacta. Quizás Akane tengan razón y deba ir comportándome de otra forma cuando esté delante de ella.

-Ayumi, cómete las verduras.

-¿Y tú?

-Yo también, mira.- y de una sola vez me las metí todas en la boca. Estuve a punto de tener arcadas pero debía resistir. Odiaba las verduras, era la única comida que se me formaba una bola en la garganta pero me las tenía que comer, así me lo había enseñado mi madre. Toda comida que toque la mesa es una bendición y aunque esté más buena o sea incomedible hay que hacerlo, me repetía la gran mayoría de días cuando era pequeño y sus palabras acabaron convertidas en tatuajes invisibles dentro de mis recuerdos. Teníamos que estar agradecidos por tener lo que teníamos - ¿Lo ves? - le guiñé un ojo tras sorber un buen trago de agua y luego me dirigí a las escaleras al sentir que Akane bajaba de nuevo - ¿Dónde ha ido mamá?

-Ya te lo he dicho, ha salido.

-¿Pero a dónde?

Akane pasó de mí para despedirse de Ayumi y abrir la puerta pero me interpose en su camino.

-Hikari, no tengo tiempo para tus jueguitos. Como pierda el tren llegaré tarde al trabajo.

-Solo quiero saber dónde está mamá. Hoy no le toca trabajar en la pescadería, sino a la tía Tetsuko.

-Ha ido a la consulta del doctor Seiji.

El corazón me dio una tremenda sacudida.

-¿Por qué? ¿Se encuentra mal? ¿Qué le ocurre?

-No le ocurre nada.- pero Akane desvió la mirada. Aquí pasaba algo. ¡Akane! La agarré del brazo con fuerza - Hikari, tranquilo, no pasa nada. Mamá está bien, solo ha ido a que le recete las vitaminas para Ayumi. ¿A qué viene tanto nerviosismo? - el corazón me iba a mil. ¿Por qué me había asustado de esa manera? Era cierto, anoche mi madre había mencionado algo de las vitaminas pero no la presté atención, mi mente estaba concentrada en averiguar cómo iba a concederle los deseos a Nao - Desde que viniste a casa anoche estás muy raro, y tienes muy mala cara. Quizás seas tú quien necesite hacerle una visita al doctor Seiji. - me puso la mano sobre la frente pero no había rastro de fiebre -¿Está todo bien? - no le contesté. El corazón seguía golpeando con fuerza - Sé que vienen días duros pero Hikari, debes enfrentarte a ellos.

-Tranquila, estoy bien.- y me aparté de la puerta.

Akane resopló y me dio un beso en la mejilla por sorpresa. Protesté y ella me sacó la lengua para despedirse.

¿A qué había venido eso? ¿Era su forma de animarme?

-¡Yo también quiero un beso! – protestó Ayumi con los brazos cruzados.

-¿Te has comido las verduras?

-Sí.

-¿Todas, todas?

-Todas, todas.

La analicé con la mirada en busca de una posible mentira pero parecía que decía la verdad.

-¿Sabes que les pasan a los niños que no se comen las verduras? – me puse a su altura cambiando el tono de voz provocando que a Ayumi le entrase una risa tonta porque sabía lo que venía a continuación - ¡Que el monstruo de las verduras vendrá para comerte!

La levanté en volandas y empecé a dar vueltas y vueltas.

Su risa se entremezclaba con mi villana carcajada, o un vano intento de ella. Para el último corto de Heiji tuve que hacer de villano y por mucho que practiqué la risa maligna finalmente tuvo que sobreponer una risa que encontró por Internet.

Quería que el tiempo se detuviese justo en ese instante y lo convirtiera en eterno por unos minutos. La adoraba por encima de todo. Cuando mis padres nos anunciaron que íbamos a tener una hermana me sentí un poco solitario. ¿Otra niña? ¡Yo quiero un hermano para poder jugar con él! Con tu hermana también podrás jugar, me dijo mi madre entre sus brazos ¿O es que Akane no juega contigo? Claro que jugaba pero ella siempre se burlaba mucho de mí. Cada vez que jugábamos al escondite y era su turno de buscar podía pasarme más de una hora escondido y cuando me cansaba de esperarla salía de mi escondrijo para encontrarla sentada en el sofá viendo la televisión. Me enfadaba muchísimo pero luego me llevaba a dar una vuelta al parque o a la tienda de golosinas. Era un soborno para que no me chivase a mi madre, claramente.

Más vueltas, más vueltas, pedía Ayumi pero yo comenzaba a marearme, hasta que una risita a mi espalda puso punto y final a nuestro cotidiano

juego.

-¿N-NAO? – grité de repente dejando a Ayumi en el suelo para caer de culo por el mareo y yo tambaleándome haciendo lo imposible para no caer también y seguir haciendo el ridículo delante de ella - ¿Qué estás haciendo aquí? – logré preguntar tras apoyarme en la barandilla de las escaleras. ¿Desde cuándo tenía una hermana gemela?

-Lo siento, no quería interrumpiros pero la chica que acaba de salir me ha dejado entrar sin problemas, pero si molesto puedo venir en cualquier otro momento.

-¿Molestar? Para nada, entra, aunque bueno ya estás dentro.

Reí avergonzado pero mi rostro se puso más colorado con la risita de Ayumi.

-¿Eres la novia de mi hermano?

¿Novia?

¡Pero qué dices, enana!

-Soy una amiga.

-¿Del instituto? – Nao negó con la cabeza - ¿Eres una turista?

-Se podría decir que sí. – respondió con una enorme sonrisa.

Ayumi la miraba de arriba abajo.

Por favor, que no haga una de sus preguntitas especiales. Que no diga algo innecesario o raro.

¡Por favor!

-Mi nombre es Ayumi, encantada.

-Yo soy Nao.

Suspiré aliviado.

Se sonrieron mutuamente y entablaron una conversación dejándome a mí al margen. Cuántos años tienes, si has venido al festival, te vas a quedar todo el verano, quieres helado, ¿Seguro que no eres la novia de mi hermano? Puse los ojos en blanco.

-¿Cómo sabes dónde vivía? – pregunté antes de que Nao volviera a decir que tan solo éramos amigos.

-Es un pueblo bastante pequeño. Aquí todo el mundo se conoce y entre vecino y vecino he encontrado tu casa. Soy buena detective, ¿Eh?

No pude evitar unirme a su sonrisa.

-Nuestras casas son como las casas de los demás, entramos y salimos cuando queramos. Sino pregúntale a Rin, está más aquí que en la suya propia.

-¿Rin?

-Mi mejor amigo, pero a veces es muy pesado...Aunque ahora que lo menciono, es extraño que no esté aquí ya. - miré inconscientemente el reloj que había en la entrada sobre el zapatero.

-Vino hace un rato pero como estabas dormido se volvió a ir. Dijo que ya se pasaría más tarde. – me contestó Ayumi, se despidió de Nao y corrió hacia la cocina.

Invité a Nao a pasar y mientras ella se ponía cómoda en el salón, que estaba en la misma habitación que la cocina pues teníamos una cocina americana, Ayumi y yo recogíamos los platos del almuerzo y mientras ella colocaba su banquito para ayudarme le ofrecí algo de beber a Nao pero no le apetecía y me puse rápidamente a hacer el encargo de mi hermana. No quería dejarla sola mucho rato, y eso que estábamos en la misma habitación.

Ayumi empezó a cantar una canción que había aprendido hacía poco en el colegio y me pedía que cantase con ella pero ni loco lo iba a hacer. En otras circunstancias sí, y si hubiese estado Rin la habríamos cantado los tres a pleno pulmón, pero no iba hacerlo delante de Nao. Y mucho menos el Daddy Shark, du du du.

Genial, ya iba a pasarme el día tarareando la cancioncilla.

La miré de reojo quien a su vez observaba todo lo de su alrededor. ¿Sentiría nostalgia? ¿Cómo sería su casa? ¿En qué ciudad viviría? ¿En la capital? ¿En algún pueblo cercano? ¿En otra prefectura? Viviese donde viviese estaba muy lejos de casa, de eso sí estaba seguro.

Terminamos de fregar los platos y Ayumi me preguntó si podía ir a casa de su amiga Zenko quien vivía tres casas más arriba. Le dije que sí y salió corriendo por la puerta que daba al jardín no sin antes despedirse de Nao.

-Se la ve una chica enérgica.

-No sabes cuánto.

Le comenté que tenía que tender la ropa y se ofreció a ayudarme. Intenté negarme pero no me dio tiempo pues ya me esperaba justo al otro lado del tendedero que había en el jardín portando el cesto de las pinzas. ¿Cómo lo había encontrado?

-Se te da muy bien las labores de casa.- confirmó entregándome dos pinzas para que colgase los pantalones de mi uniforme.

-No es para tanto, cualquier puede lavar unos platos o tender una camiseta.

-Pero tú lo haces con delicadeza, con sumo cuidado, para que al secarse la ropa no acabe arrugada.

¿En serio? ¿De verdad hacía eso? Según ella una vez que tendía una prenda de ropa la planchaba con las manos. Ni me había percatado.

-Lo habré aprendido observando a mi madre.- me encogí de hombros mientras colgaba la camisa de mi uniforme en una percha.

Volvió a sonreír mientras su mirada se perdió en el alto cielo azul.

-¿Y bien? ¿Qué deseo quiere mi ama que le conceda en esta maravillosa y cálida tarde?

-No tienes que llamarme ama, suena raro.

-Pero es parte del juego.- me puse en pie de un salto y le tendí la mano. Nao inclinó la cabeza hacia la izquierda hasta que se dio cuenta de lo que le estaba pidiendo. Su vieja libreta – Bien, bien, a ver qué deseo os puedo conceder...

-En realidad no había pensado en nada.- me dijo mientras caminaba dando pequeños círculos por el jardín observando cada uno de sus pequeños deseos. Quería cumplírselos todos pero ¿Por dónde debería de empezar? Y lo más importante ¿Cómo lograría hacerlo?

Fue entonces cuando mi pequeña y desgastada bombilla se encendió.

-Nao ¿Alguna vez has montado en bicicleta?

-Mi padre me enseñó.- idea descartada -Pero – se puso rápidamente a mi lado con los ojos iluminados de emoción – Me gustaría poder montar en una bicicleta grande. Cuando me enseñaron era muy pequeña y llevaba las ruedecillas, así que prácticamente no aprendí a montar sola. ¿Me enseñarías?

-¿De verdad quieres hacerlo? Pero es un deseo que no está aquí apuntando y debería de centrarme en la libreta.

-No importa, me apetece. Quiero sentir la emoción de ser capaz de hacerlo por mí misma. Que el corazón me retumbe en el pecho e intentar no caerme por mi falta de equilibrio. ¡Probemos!

¿Cómo podía decir que no a esa sonrisa que avivaba su rostro?

Corrí hacia el trastero que teníamos en la parte de atrás de la casa pero mi bicicleta no estaba allí. Tampoco la de Akane, ella se había comprado una plegable para poder llevarla en el tren y de ahí al trabajo. ¿Dónde la había dejado? Piensa Hikari, piensa. Estos días no has ido en bicicleta al instituto. Has ido andando con los demás, sobre todo porque Ninako me lo pidió para recoger a Rin y evitar que se quedase dormido y llegar tarde a clase como le pasaba casi siempre.

Un momento...

-¡Claro, la tiene Rin! – exclamé golpeándome la palma de la mano y corrí de nuevo rumbo a mi habitación. Recogí el móvil que había acabado debajo de la cama, a saber cómo había llegado hasta allí, y le llamé.

Un tono.

Dos tonos.

-¡Buenos días, bello durmiente!

-Rin, necesito la bicicleta.

-Buenos días ¿Eh? – volvió a repetir, y le contesté con un seco buenos días.

-¿Tienes la bicicleta?

-Sí, he ido esta mañana a llevártela pero como estabas dormido he pensado en darme una vuelta por el pueblo. Estoy en la librería del señor

Fujitora. ¿La necesitas ahora mismo?

-Sí, es urgente.

-¿Ha pasado algo?

-No, solo la necesito. Te espero aquí.

-Vale, vale, voy para allá, pero antes tengo que pasarme a comprar unas cosas que me ha dejado encargadas mi madre, ¿Te importa si-

-¿Es esta tu habitación? ¡Tienes muchas cosas!

La irrupción de Nao me golpeó de tal forma que no supe reaccionar hasta que casi pierdo el oído por culpa de la voz de Rin.

-¿TIENES A UNA CHICA EN TU HABITACIÓN? ¿QUIÉN ES? ¡PERO QUÉ PILLÍN ERES, HIKARI!

Colgué.

Ahora sí que vendría a mi casa antes de ir a comprar. Con lo cotilla que era no me extrañaba nada que ya estuviese llamando a Heiji o a Takumi para contarles que tenía a una chica en mi habitación.

Me temía lo peor.

-Sí, bueno, es una habitación como otra cualquiera.- respondí saliendo para que Nao me siguiera pero no lo hizo.

-¡Este juego lo tengo yo! Aunque, bueno, es de mi hermano.

-¿Te gustan los juegos de zombis? – pregunté extrañado.

-¡Me encantan! – exclama emocionada - Sentir esa adrenalina cuando un zombi te persigue o aparece de repente en una habitación oscura. Lo paso fatal. Me pongo muy nerviosa y me tiemblan las manos y por culpa de eso siempre pierdo pero ¡Es genial!

Hablaba y hablaba sin parar, relatando todos los juegos que había jugado con su hermano, pero sobre todo los que había tenido que jugar sola porque él tenía que ir a clase y cada domingo le sorprendía con un juego nuevo para que tuviera toda la semana para jugarlo. Pero Tomoya apenas tenía tiempo, me confesó. Mi hermano me regalaba videojuegos o juegos de mesa o se inventaba él mismo un caso de asesinato y yo tenía que resolverlo, mientras que mi abuelo me traía una bolsa llena de libros de todos los géneros por haber. ¡Era muy emocionante la llegada del

domingo!

¿Y qué prefieres los videojuegos o los libros? Los libros, respondió sin apenas pensárselo. Había leído tantos a lo largo de estos años que no podía decidirse cuál era su favorito.

-Eso sí, siempre leo libros conclusivos, que no tengan segundas ni terceras partes sin finalizar.- dice sin más mirando de arriba abajo mi estantería llena de mangas y comics americanos – Pasa lo mismo con las series de televisión o las películas. ¿Qué sentido tiene seguir una saga si quizás ya no estás aquí para poder terminarla?

Me quedé frío con esa afirmación, sin embargo no estaba nada de acuerdo con Nao.

-Yo también puedo morirme en cualquier momento y estoy enganchado a muchas series.

-Perdona, no era eso lo que quería decir.

Agité la mano para quitarle importancia y le pedí que bajásemos. Estaba nervioso, Rin iba a llegar en cualquier momento y no llamaría a la puerta como otro visitante, no, entraría de golpe, subiendo los escalones de dos en dos hasta irrumpir en mi habitación.

-¿No te apetece que juguemos? Hace mucho que no tengo a nadie para jugar a este juego y con dos es más divertido.

Señaló el favorito de Ayumi, uno cuyo objetivo era pasar pantallas y escenarios recopilando la mayor cantidad de frutas posibles e ir guardándolas en una cesta estilo bolsa de Mary Poppins. Leyendo el resumen o comentarios por Internet parecía muy fácil pero no lo era tanto, a medida que ibas subiendo de nivel aparecía un jefe final o lo hacía de repente en una de las pantallas y tenías que superar una prueba que a menudo era una adivinanza o una pregunta trampa o una pregunta sin sentido alguno. Si lograba superar al jefe final era siempre con la ayuda de Ayumi, todo había que decirlo. Su imaginación a la hora de resolver las preguntas me dejaba obnubilado.

-Será mejor que lo dejemos para otro día, hoy el deseo es montar en bicicleta.

-Cierto.- respondió acordándose de repente pero no la veía muy ilusionada – Pero ¿Ni una pantalla? Por favor, Hikari. Me encanta, es mi favorito.

Sí que le tiene que gustar ese juego. Si Ayumi estuviese aquí jugaría con ella sin pensárselo dos veces mientras que a mí me darían de lado, pero

estaba seguro de que preferiría estar observando a Nao. Sus reacciones, sus sonrisas, sus nervios... Quizás no era tan mala idea.

Sentí un pequeño cosquilleo en el bolsillo del pantalón.

"Estoy llegando".

¿Rin avisándome? Seguro que se piensa que aquí está pasando algo subido de tono y no quiere interrumpir...

-Vente otro día y podrás jugar toda la tarde con Ayumi.

-Lo siento.- susurró saliendo de la habitación mostrando una decaída sonrisa.

-¡Nao, espera! – la agarré con tanta fuerza de la muñeca que yo mismo me sorprendí de mi reacción – No es que no quiera jugar contigo, me apetece que echemos algunas partidas a ese y a otros juegos pero – ¿Pero? – No sé si lo sabes, pero no es adecuado que un chico y una chica estén solos en una habitación si no hay nadie más en casa. No sé si me entiendes...

Parpadeó un par de veces inclinando la cabeza hacia la izquierda. Repetía mucho ese gesto, y sinceramente me encantaba verla haciéndolo. Y entonces abrió los ojos de par en par.

-¡Esa no era mi intención Hikari! En serio.

Me pidió perdón como cinco o seis veces inclinándose cada vez más. Me estaba mareando con solo verla pero su reacción me pareció muy inocente y graciosa, sobre todo tras ver su rostro totalmente colorado.

-Tranquila, no pasa nada, lo que no quiero es que venga Rin y empiece a decir sus tonterías y te sientas mal o te molesten. Aunque si te soy sincero tampoco quiero que llegue mi madre y nos encuentre aquí arriba y empiece con sus estúpidas preguntas.

Las madres siempre serán madres, por muy abiertas que sean sus mentes y vivan en el siglo XXI.

-¿Nunca antes ha entrado una chica a tu habitación? ¿Soy la primera? – me pareció sentir un retintín en su pregunta.

-No.- y su expresión cambió. ¿Parecía molesta? ¿Interesada? – Ninako solía venir mucho por aquí cuando estábamos en primaria, ahora solo viene si tiene que traerme las tareas o para visitar a mis hermanas, se

llevan muy bien con ellas. Y Tohru vino una vez acompañada de Takumi.

-¿Son tus amigos?

-Sí, son geniales. Te caerían bien. ¿Te gustaría conocerles?

Pero no pudo responder a mi pregunta porque el idiota de mi mejor amigo acababa de abrir la puerta principal de par en par gritando "*Estoy aquí~*".

Lo dicho, un grandísimo idiota.

-Ahí la tienes.

Nao se abalanzó hacia la bicicleta que Rin había dejado perfectamente colocada sobre el muro que rodeaba mi casa. La miraba de arriba abajo, tocando el sillín, los frenos, el embrague y hasta el timbre que provocaron en ella una risita nerviosa contagiándome a mí al mismo tiempo.

-¿Intentando ligar usando una bicicleta? Eso no es propio de ti, Hikari.- me dio un ligero codazo pero yo le ignoré – Vaya, vaya, parece que el sol del verano te ha recalentado la cabeza en más de un sentido – esta vez sí se lo devolví.

-Te hace juego con los ojos.- dijo de repente Nao cortando nuestra pelea de codazos y a Rin le entró un ataque de risa.

La bicicleta tenía un tono grisáceo, y en verdad yo tenía los ojos del mismo color que nadie de mi familia sabían de dónde procedían, todo un misterio decían mis tías pero que al mismo tiempo les encantaba alardear de ello frente a sus vecinas. El pelo lo tenía teñido de un rubio cobrizo y despeinado, me era imposible peinarme cada mañana. Eso de madrugar, secarte el pelo con secador, echarte gomina o planchártelo no iba conmigo. Mucho tiempo desperdiciado. Así que optaba por dejarlo a su aire y no quedaba mal.

-¿Quieres dejar de reírte? – le susurré a Rin cuando Nao volvió a centrarse en la bicicleta.

-Perdona, pero es la primera vez que escucho a alguien comparar el color de los ojos con el de una bicicleta, y ¡Oye! No queda mal. Me apuntaré esa cita para posibles ligues.- puse los ojos en blanco. Siempre pensando en lo mismo. ¡Sienta la cabeza de una vez y enamórate!

Aunque yo no era quien para ir diciendo ese tipo de cosas cuando ni yo mismo quería hacerlo.

-¿Preparada?

Había dejado que Nao siguiera explorando la bicicleta un poco más hasta ver que ya no le quedaba nada más por mirar y remirar. Asintió nerviosa y justo cuando se sentó en el sillín, que había tenido que bajar un poco porque Rin le sacaba al menos dos cabezas, llegó Ayumi. Su amiga había ido a hacer unas compras con su madre, por eso había regresado tan pronto, me dijo sin haberle preguntando nada y se apoyó en el muro al lado de Rin observándonos curiosa.

-No me sueltes, por favor.- me susurró inquieta.

Quise decirle que jamás la soltaría pero no quería que malinterpretara unas palabras que no había por qué, ella se refería a la bicicleta y yo también. Agarré el manillar y la parte de atrás del sillín y empujé con suavidad para que Nao marcara el ritmo con los pedales. Fuimos hasta el final de la calle y volvimos al menos cuatro veces y poco a poco quité la mano del manillar y solo la sujetaba con suavidad por la espalda, lo justo para que sintiera mis dedos.

Voy a soltarte, y antes de que pudiera responder que estaba lista o no, lo hice y la seguí con la mirada. ¡Lo estaba haciendo genial! Al principio iba en zigzag para, poco a poco, mantener el equilibrio. Me sentía... ¿Cómo describirlo? ¿Cómo un padre con su hija? ¿Ese era el sentimiento que se sentía? ¿El dejarla ir sola? ¿El echar a volar? ¿Ser libre?

Yo también quería sentir esa sensación.

-No lo hace mal.

Rin y Ayumi se acercaron a mí.

-¡Yo también quiero que me enseñes, Hikari!

-La próxima vez será tu turno.- me sonrió de oreja a oreja y me abrazó con fuerza para seguir animando a Nao con su pequeña vocecilla.

-¿Quién es la chica? – y ahí la tan esperada pregunta. ¿Qué quién era? Ni yo mismo lo sabía todavía. Había tantas cosas que desconocía y que tenía pánico de descubrir que aún tenía dudas de responderme a mí mismo - ¿Es nueva? No me suena haberla visto por el pueblo y ya sabes que no hay chica guapa que se escape de mi visión de halcón.

Resoplé.

-Ha llegado hace unos días.- en realidad no sabía cuándo había llegado. Podía llevar en el pueblo semanas.

-¿Cómo os habéis conocido y por qué la estás enseñando a montar en bicicleta?

Pero no pude responderle y aunque hubiese querido no tenía respuesta que darle. Nao no me había dicho nada de no contar a mis conocidos sobre nuestro encuentro pero con su historia y su escapada de casa me era más que suficiente para saber que no debía de hacerlo. No necesitaba que lo pusiera en palabras. No era tan tonto.

-¡Cuidado Nao!

Gritó de repente Ayumi y al levantar la cabeza Nao estaba en el suelo tras chocarse con el buzón de correos que había justo en la esquina. Mis piernas corrieron veloces mientras mi corazón luchaba contra sí para no salir despedido cuando la vi de rodillas con las manos en el pecho.

-¿Te encuentras bien? ¿Te sientes mal? ¡¡Dónde te duele!! - mis nervios me sobrepasaban. ¿Estaría teniendo un ataque al corazón? - ¡Nao!

Y sus carcajadas llenaron toda la calle tiñéndolas de colores tan deslumbrantes que contagiaron a Ayumi y a Rin. Reían y reían pero yo no podía reír. Al contrario, quería llorar.

-¡Qué susto y qué divertido ha sido! - me miró con los ojos llenos de lágrimas - Estaba tan concentrada en el pedaleo que no he visto el buzón cuando ya ha sido demasiado tarde. Menos mal que no iba muy deprisa.

Volvieron a reír.

Ayumi la ayudó a levantarse pero yo era incapaz de hacerlo. Me temblaba el cuerpo por dentro. El corazón seguía loco. El miedo de la pesadilla volvía a asfixiarme.

-Nao, tienes sangre.

¿Sangre?

Tenía una pequeña herida y un fino hilo de sangre caía hasta perderse en sus calcetines de colores.

¿Ha dicho sangre?

-iHikari, aguanta!

¿Sangre?

-iiHikari!!

Capítulo 5

CUARTO DESEO

Me pitaban los oídos. Me pesaba el cuerpo.

La oscuridad me envolvía.

Los dedos de las manos me hormigueaban como si estuviese sumergido bajo el mar y las burbujas se enredaban entre mis dedos.

-Por fin despiertas.

Mis pupilas enfocaban como podían a la figura distorsionada que se inclinaba.

-¿Qué ha pasado? – esta vez sí he podido poner en palabras mi resonada pregunta.

-Que te has desmayado.

¿Desmayarme? ¿Por qué? Si lo único que puede provocarme eso es...

-¡Nao! – grité de pronto incorporándome pero Rin me empujó con suavidad para que regresase a mi sitio.

-Tranquilo, no habrá que amputar la pierna. Está bien, se encuentra bien. Ayumi está curándole la herida en el cuarto de baño.- respondió rápidamente al ver mi pálido rostro. Suspiré largo y tendido pero mi corazón no se calmaba. No lograba calmarme. ¿Por qué estaba tan nervioso? ¿Por qué sentía como si...? - Mira que eres blandengue. ¿Desmayarte por un hilillo de sangre? ¡Qué impresión habrás dejado en la chica!

Pero no le contesté. Me seguían pitando los oídos y me sentía muy, muy cansado. Rin se dio cuenta de ello y me tendió un vaso de agua. La frialdad recorrió mi garganta hasta caer en mi estómago como una cascada. Sentí alivio pero no tranquilidad. Sabía que la herida de Nao era insignificante, como otras heridas y rasguños que Ayumi se había hecho tras caerse pero esta vez era diferente. No podía decirle a Rin que me había desmayado por ver sangre pues no había sido por eso ¿O tal vez sí?

Ni yo mismo sabía qué me causaba tanto pavor.

El sonido de un tic tac retumbaba por todo el salón. Las voces de Ayumi y Nao me llegaban muy lejanas. Sus risas se entremezclaban pero no lograba averiguar qué se decían. Cerré los ojos intentando olvidar ese sentimiento que crecía más y más e iba tomando forma de nudo en mi garganta.

-¿Me vas a contar cómo has conocido a la misteriosa chica? - Seguí en mi mundo pero le oí exhalar un largo suspiro. Luego se levantó, anduvo por el salón hasta caer sentado a mi lado -¿No puedes contármelo?

-No se trata de si puedo o no, sino de hasta dónde puedo contarte.

-¿Estás diciendo que...? - se quedó callado de repente - ¡La has secuestrado!

-¿¿¡¡Pero qué tonterías estás diciendo!!??

-Por fin has abierto los ojos y eres capaz de mirarme.

Su sonrisa me perforó.

Rin estaba preocupado.

-No la he secuestrado, no seas idiota.

-Lo sé, no serías capaz de ello.

Y sin más me tiró un cojín a la cara y comenzó otra de muchas de nuestras estúpidas e infantiles guerras. Para cuando Ayumi y Nao regresaron al salón estábamos exhaustos en el sofá sin parar de reír.

Rin, siempre él.

Como siempre mi mejor amigo acudía a salvarme.

-¡Hikari! ¿Te encuentras bien?

-Tranquila, suele desmayarse con ver un poquitín de sangre.- respondió mi mejor amigo por mí y yo desvié la mirada entre avergonzado y malhumorado.

-Menos mal.- suspiró Nao y se sentó a mi lado, con naturalidad, como si fuésemos amigos de toda la vida, como si nuestros caminos no acabasen de encontrarse - A mi hermano suele pasarle algo parecido, pero no se desmaya, se siente mareado y le fallan las fuerzas. Es algo muy común,

así que no te sientas avergonzado.

Rin me dio un ligero codazo pero no me atrevía a mirarla, y a él mucho menos. Podía intuir la expresión que estaba poniendo en ese momento sin mirarle a la cara. ¿No tenías recados que hacer? ¡Pues márchate!

-Siento haber estropeado la tarde.

-No has estropeado nada. Ha sido fantástico poder montar en bicicleta unos minutos. ¿Me la dejarías otro día?

Toda tuya, susurré recostándome en el sofá.

Nao comenzó a moverse intranquila a mi lado y Rin nos miraba a uno y a otro esperando una explicación, una historia, un algo que le hiciera entender cómo una chica que no conocía de nada me trataba como si no fuese así.

-Creo que no nos han presentado, mi nombre es Rin Natsume, el mejor amigo de ese idiota.- bufé para mis adentros al mismo tiempo que Nao se ponía de pie con tanta rapidez que me mareé de solo mirarla.

-Yo soy Nao Tsukishima, encantada.

-Bonito nombre, Nao.

La miré de reojo y vi que sus mejillas se tornaban un poco coloradas. Había reaccionado como todas las chicas a las que Rin se había presentado.

-¿Y qué te trae por este inhóspito pueblecito costero? ¿Has venido a ver el festival de nuestro Dios del mar?

-¿Festival? – preguntó inclinando la cabeza hacia un lado. Imité su gesto sin darme cuenta – No sé nada sobre ese festival. ¿Es divertido?

-¡Mucho! – exclamó de repente Ayumi que nadie se había percatado de su regreso – A lo largo del paseo marítimo ponen muchos puestos de comida y cosas chulas para comprar. También puedes pescar peces de colores o jugar en las tómbolas.

Los ojos de Nao se iluminaron como dos farolas que acababan de prender de golpe.

-Luego se hace un sacrificio.- mencionó Rin.

-¿Sacrificio? – se llevó las manos a la boca con una expresión entre

sorprendida, temerosa y curiosa.

-Sí, como lo oyes. Una vez al año una chica es elegida para casarse con el Dios del mar.- Nao escuchaba la historia con tanta atención que no me atrevía a decirle que Rin estaba tergiversándola – Esa noche, la chica elegida, es vestida con las mejores túnicas que el sastre del pueblo ha elaborado para ella. Luego, sus propios familiares, la suben en una barca con los ojos vendados y la empujan mar adentro mientras el resto de habitantes y turistas observamos la escena desde la orilla de la playa portando velas rojas hasta ver como la barca desaparece en la delgada línea oscura del océano.

-¿Y luego?

-Luego... - se hizo el silencio - El mar devora a la chica.- respondió Rin dando una fuerte palmada provocando que Nao diera un pequeño temblor.

-Es todo mentira Nao, no le creas.- dije rápidamente al ver el temor en su rostro y sin más rompió a reír. Ayumi también reía aunque era la que más asustada estaba y eso que Rin le contaba la misma historia verano tras verano – El festival a nuestro Dios del Mar es un agradecimiento por tener un buen año de pesca, de agricultura, de trabajo, de salud, de turismo. Sí, es cierto que se elige a una chica del pueblo para ser el “sacrificio” pero en realidad lo único que hace es montarse en la barca, con los ojos bien destapados, y portando pétalos que lanzará al mar.

-Pero antiguamente sí se enviaba a una chica como sacrificio y no simples flores. Sobre todo si había sido un mal año.

-¿Es otra mentira?

-Creo que en parte se hacía así. Si habían tenido buen año, flores, si había sido un mal año, una chica virgen e inocente.

Nao tragó saliva tras escucharme.

-¿Y quién es la elegida?

-Aún no se sabe. En unos días será la celebración en el santuario del bosque Aka.

-¿El bosque Aka?

-Es el bosque que hay justo detrás del acantilado. En las profundidades hay un pequeño santuario habitado por un monje y su familia. Será allí

donde tenga lugar la elección.

-¿Y cómo la eligen o quién lo decide?

Nao estaba muy interesada en conocer cada detalle de nuestro festival cuando en realidad no era nada del otro mundo, sin embargo no era la única curiosa pues gracias a esta pequeña tradición nuestro pueblo se llenaba de turistas y las reservas se agotaban desde principios del mes de Junio. Incluidos los hoteles de los pueblos más cercanos. A mí nunca me había interesado. Tan solo iba al festival a comer y a jugar, Rin prácticamente me arrastraba. Para el momento de la entrega floral ya me encontraba en casa enfrascado en mis videojuegos hasta el amanecer.

-¿Y por qué no vamos y así lo averiguas? – le propuso Rin a lo que aceptó sin pensárselo dos veces – Estupendo, ¡Será una cita!

Espera ¿Ha dicho cita?

-Tranquilo, avisaré a los demás,- me sonrió con picardía guiñándome un ojo - Que por cierto, Ninako me ha dejado un recado para ti.- ¿Cuál es? Pregunté sin mucho interés -Quiere recordarte que mañana iremos a la playa a celebrar el cumpleaños de Tohru. Que no te preocupes por el regalo que ya está comprado. Ella y Takumi se encargaron de eso, mientras que tú, Heiji y yo nos tenemos que encargar de lo demás.

¡Ostras! ¡El cumpleaños de Tohru! Se me había olvidado por completo.

-¿Yo puedo ir? – preguntó Ayumi agarrándole de la camiseta.

-Tú eres la invitada número uno.- le acarició la cabeza y salieron al jardín a jugar a las atrapadas mientras que Nao y yo nos quedamos observando la escena en silencio. A Rin le gustaba jugar con Ayumi tanto como a mí y es que al ser hijo único le daba mucha envidia no tener con quien compartir tantas cosas como yo hacía con Akane o Ayumi, pero había que admitir que a veces eran un incordio, sobre todo a la hora de repartirnos los quehaceres de la casa.

-Hikari.- sonreía sin dejar de observarles - ¿Irás al festival, verdad? - la miré sin saber bien por qué me lo preguntaba – Me ha dado la sensación de que no te gusta. Cuando Rin estaba contando la historia se te veía indiferente. ¿Es así?

No sabía qué responderle porque si tenía que hacerlo debía contarle toda mi historia y el porqué de mi “odio” hacia este pueblo. No quería mostrar mis debilidades.

-Es solo un festival.- me encogí de hombros – No suelo estar presente en el momento de la elección, sobre todo porque el santuario es muy

pequeño y hay mucha aglomeración de curiosos. Es agobiante – me despeiné, aún más – Pero sí acudo a los puestos con Rin y los demás. Comemos, jugamos un rato y ya está. Ellos se van a la playa y yo me vengo a casa.

-¿Por qué? Debe ser precioso ese momento en el que la chica elegida le entrega las flores al Dios del Mar. Es como si le estuviera entregando el corazón de su pueblo agradecidos por tener a alguien que les está protegiendo durante todo el año.

-¿Crees en el Dios del mar?

-¿Tú no?

No. Ni en el Dios del Mar, ni en el de la tierra.

No creía en nada.

Ni siquiera creía en las personas. ¿Cómo iba a creer en algo que era invisible? ¿Irreal? ¿Una historia?

No le contesté. Y ella volvió a quedarse en silencio.

-¡Hikari! – gritó de repente Rin asustándome – Heiji viene de camino. Tenemos que ir a comprar lo que falta para el cumpleaños. ¿Vas a venir, no?

Miré de reojo a Nao y ésta me devolvió la mirada.

-Por hoy ya has terminado tu trabajo.- cruzó el salón rumbo a la puerta principal. La seguí con la respiración acelerada – Ya nos veremos, Hikari.

-¡Espera! ¿Qué significa eso? ¿Tú te pondrás en contacto conmigo? ¿Vendrás a mi casa? Dime dónde vives e iré a verte. O dime qué deseo quieres que te conceda y lo prepararé todo.

Pero Nao se limitó a sonreír.

-No te preocupes, no hay prisa. Tengo cosas que hacer por aquí.- respondió dándome la espalda.

-¿Qué cosas?

-Cosas.- respondió sin más.

-¿Por qué no te vienes mañana? Ven al cumpleaños de Tohru y así podrás conocer a mis amigos. Te encantarán, son geniales. Y estoy seguro de que

no les importará que seamos una más. ¿Qué me dices?

Mi voz sonaba desesperada. Nao había aparecido en mi puerta sin esperarla, no creía que la vería hoy y sin embargo allí estaba. Y yo no quería que se marchase, no tan pronto, pero no podía dejar tirados a Heiji y Rin, se lo había prometido días atrás cuando estábamos preparando el cumpleaños. Todos estaban muy ilusionados. Era el primer cumpleaños del grupo del año y el último porque ¿Qué sería de nosotros una vez acabásemos el instituto? No nos íbamos a ver todos los días. Eso fue lo que dijo Ninako entre lágrimas aquella tarde. Este era nuestro último año juntos, no habría más celebraciones, no hasta a saber cuándo. ¿El próximo año? ¿El siguiente? ¿Estaríamos todos? ¿Faltaría alguien por no acudir por culpa de las clases o el trabajo? ¿Estarían todos menos yo al no querer regresar más a este horrible pueblo?

Seguramente esa sería la respuesta a cualquier pregunta formulada aquel día en la mente de todos nosotros.

-¿Puedo ir? – Nao me arrastró de nuevo a la realidad - ¿Estás seguro de que no molestaré?

-¡Pues claro que no! – contestó Rin acercándose a nosotros – De todas formas ya les he avisado de que seríamos uno más, pero no les he dicho quién eres. Mejor te presentas mañana a todos de golpe y es más fácil que ir de uno en uno. ¿No te parece?

Asentí no muy convencido con Rin pero él había tenido la misma idea que yo por tanto él quería que Nao estuviera presente. Sin embargo a Nao no se la veía muy convencida.

-Tranquila, no tienes que contarles por qué estás aquí. A Rin no le he dicho nada.- le susurré más tarde cuando la acompañé hasta el final de la calle.

-No estoy preocupada por eso. Es solo que... bueno... no estoy rodeada de chicos de mi edad desde que iba a primaria así que no sé cómo actuar. No sé de qué hablan los chicos de hoy en día. No sé qué decirles.

¿Era eso? ¿Le preocupaba algo como eso? Y yo rebanándome los sesos por encontrar una solución a su repentina visita.

-Sé tal como eres, Nao. Les caerás bien, y ellos a ti.

Su sonrisa, de nuevo, fue el culpable del maremoto de mi interior.

Y aquí nos encontrábamos.

Esperando a que el resto del grupo aparecieran de una vez en el sitio acordado.

¿Cómo era posible que siempre fuese yo el más puntual? Y eso que solía ir corriendo a todos los sitios para no llegar tarde, pero se veía que a ellos les pasaba igual.

Había quedado con Nao en la calle principal del pueblo, justo al lado de la librería del señor Fujitora. Cuando ella llegó tuvo que esperar unos minutos pues Ayumi estaba inmersa en el libro que tenía que leerse para las tareas de verano y estaba siendo tan divertida la historia que ni pestañeaba.

Los protagonistas son un niño y una mosca, nos contaba rumbo a la playa, pero resulta que la mosca es su madre que ha sido transformada por un malvado brujo y para poder salvarla tienen que vivir muchas aventuras juntos. A Nao la historia le pareció fascinante y le pidió el título del libro para leerlo, sin embargo yo tenía la mente en otro lado. Estaba nervioso por saber cómo reaccionarían mis amigos ante la llegada de Nao. Sabía que Rin y compañía me harían preguntas incómodas y por más que me preparaba las respuestas mentalmente sabía que no iba a usar ninguna de las excusas que me había preparado a lo largo de la noche.

-¡Ayumi, no te alejes mucho! - le grité mientras la veía correr por la orilla de la cala buscando conchas. Por aquella zona no solían acudir muchos bañistas y nosotros lo agradecíamos. Queríamos estar solos, sin molestos turistas u otros vecinos que iban de vez en cuando a incordiar o a echarnos porque querían jugar una partida de vóley playa.

-Debería irme a casa.

Dijo Nao de golpe provocándome más nervios.

-¿A casa? ¿A tu verdadera casa?

-¡No! Al lugar donde me estoy quedando. No sé si he hecho bien en venir.

-¿Por qué? ¿Aún sigues preocupada por mis amigos? Rin ya te dijo ayer que estaba todo hablado y querían conocerte.- Nao desvió la mirada y se mordía las uñas – Estás nerviosa – confirmé.

-¡No lo estoy! – su rostro se volvió rojo de golpe.

-Claro que lo estás y es normal. Vas a conocer a un grupo de idiotas que te harán preguntas incómodas y querrán saber por qué estás aquí, y a dos chicas encantadoras que te alejarán de ellos para que te sientas a gusto.

Rio. Bien, he conseguido una pequeña sonrisa.

-Pero ¿Está bien para mí conocer a más gente? ¿Hacer más amigos?

Sus increíbles ojos negros me dejaron sin habla.

No tenía respuesta para su inquietante pregunta.

No sabía qué decirle.

Si le respondía que sí era darle esperanzas y ella ya no las tenía, pero si le decía que tal vez lo mejor era regresar a casa y no conocerles la estaría privando de tener una experiencia maravillosa con chicos de su edad. No podía hacer eso. Ya la habían retenido en una jaula durante años. Yo no quería ser su encarcelador, al contrario, yo quería ser su vía de escape. Su libertad. Sus alas.

Su genio de la libreta.

-Estás haciendo lo correcto, cree en mí.

Cuando quise darme cuenta la había agarrado de la mano, pero no fue hasta que escuché la voz de Rin en la lejanía y me separé de ella torpemente nervioso.

El cumpleaños estaba a punto de comenzar y con éste la presentación. Iba a meter a Nao en nuestro círculo. En mi círculo más cerrado, codicioso y valioso para mí. Iba a incluirla en una parte de mi vida que nadie más querría ver dentro. El círculo estaba completo pero para ella había abierto una pequeña puerta. Puerta que se cerraría una vez terminadas las presentaciones y que hasta el presente es un círculo que se cerró aquella mañana y cuya llave se perdió entre la espuma de las olas.

No sabría decir quien estaba más nerviosa, si la recién llegada al pueblo o la cumpleañera.

En cuanto bajaron las escalerillas del paseo marítimo y corrieron a nuestro encuentro Tohrú caminaba de medio lado y mirando al suelo. ¿Le daba

vergüenza conocer a Nao? No. ¡Qué equivocado estaba! En cuanto la vi no pude contener una sonora carcajada provocando aún más que sus mejillas subieran dos o tres tonos de un rojo intenso acompañados de los reproches de Ninako.

-¿Pero qué llevas puesto?

-Eso mismo hemos preguntado todos.

Tohru llevaba una felpa con orejas de gato y una cinta a modo de alcaldesa en la que se podía leer "Cumpleañera" de color naranja chillón. Por no mencionar el tutú también color naranja encima de sus cortos vaqueros.

-¿Por qué te has disfrazado si te daba vergüenza? – quise saber.

-Ha sido idea de Ninako.

La miré sorprendido. Ninako era la que más conocía a Tohru pues se conocieron en la ceremonia de entrada a bachillerato y conectaron en seguida. Luego la introdujo en el grupo y le costó bastante abrirse a nosotros pero finalmente se fue adaptando y nosotros a ella. No era nada fácil hablar con alguien que apenas le salía la voz o lo hacía mirando el suelo o las dos cosas a la vez.

-¿Por qué? – solo pude preguntar eso.

-Porque es su último cumpleaños.- Nao se movió intranquila a mi lado – Ya sabes a lo que me refiero, su último cumpleaños como estudiante de instituto en este pueblo. Ya os lo dije el otro día. ¿Quién sabe si el verano que viene podremos estar aquí todos juntos para volver a celebrarlo? En marzo nuestros caminos se separarán y no nos volveremos a ver tanto como ahora.

-Eso no es excusa para disfrazarla. ¡Mírala, está muerta de vergüenza! – exclamó Heiji intentando contener la risa.

-Yo no la he obligado. Se lo he llevado a su casa y tras explicarle lo que os acabo de decir a vosotros lo ha aceptado. Y piensa como yo.

Ahora sí que no dábamos crédito a lo que oíamos.

-Ninako tiene razón, solo es una felpa y una banda.- Y un tutú, añadió Takumi haciéndole fotos – Es divertido. Ya lo veréis.

-A qué te refieres con eso.- pero tanto Rin como los demás lo sabíamos

perfectamente - ¡Yo no pienso ponerme un tutú naranja!

-Un tutú no pero una felpa con orejas de gato si ¿Eh? – le guiñó Ninako un ojo – Todos pasaremos por este momento el día de nuestro cumpleaños. Ya lo tengo todo averiguado. Y agradecerme que a ninguno os ponga un tutú rosa porque ese es el mío.

No podíamos parar de reír al imaginarnos la escena.

Rin repetía una y otra vez que él no se pondría un tutú, ni aunque fuese de su color favorito, pero se lo pondría. Y tanto que se lo pondría.

-Hikari, riéte todo lo que quieras, pero tú también llevarás orejas de gato, banda y un tutú amarillos.

-Por mí vale.- respondí limpiándome las lágrimas - ¿Por qué me miráis así?

Pero ninguno contestó. ¿Había dicho algo malo?

-¿De quién será el próximo cumpleaños? – preguntó Nao rompiendo el incómodo silencio que se había creado y que ni el sonido del mar había roto.

-El mío, en septiembre.- informó Heiji que ya se hacía a la idea de llevar un tutú rojo. Parecía que a ninguno de ellos le importaba llevar unas orejas de gato. Quizás lo utilice en mi próximo corto mencionó Heiji pensativo. ¿Corto? Me preguntó Nao al oído. Heiji quiere estudiar cine, cada año graba un corto para un concurso de la Universidad de Tokio y nosotros somos sus conejillos de indias. Suena interesante y regresó la vista a mis tontos amigos que se hacían fotos con la cumpleañera.

-¿No nos vas a presentar, Hikari? ¡Qué modales, chico!

Ninako le tendió la mano a Nao con una enorme sonrisa en su rostro. Tras ella Tohru hizo lo mismo, al igual que Takumi y Heiji. Rin volvió a presentarse aunque era totalmente innecesario, simplemente lo hizo para ver si Nao se acordaba de su nombre y qué sonrisa de idiota me mostró al ver que así era.

-¿Cuánto has llegado?

-¿Te quedarás todo el verano?

-¿Vendrás a nuestro instituto?

-¿Qué te parece el pueblo?

-¿Cómo conociste a Hikari?

-¡Stop, stop! – me interpuse entre ellos – Uno a uno, no la agobiéis.

Y volvieron a la carga pero Nao no parecía molesta, ni agobiada. Al contrario, tanto sus labios como sus ojos sonreían. Sus nervios habían desaparecido y al verla allí con mis amigos parecía una más de nosotros.

-Entonces, ¿vendrás a nuestro instituto el próximo trimestre o irás al de la ciudad?

-Ni a uno ni a otro.- respondió Nao a la pregunta de Heiji.

Me sentí decepcionado.

-¿Volverás a tu instituto cuando acaben las vacaciones de verano?

-Dejadla ya, vayamos a montar las mesas y a preparar la comida o a bañarnos. Hace mucho calor, pero todos me ignoraron. Querían conocer la respuesta y yo también aunque al mismo tiempo no quería saberla. No quería saber si en unas semanas se iría, que desaparecería junto con el olor a verano.

-Tampoco, me gradué la primavera pasada. Soy un año mayor que vosotros.

-¿Un año mayor? – mi voz resonó por toda la sala. ¿No lo sabías? Me preguntó Rin con sorna. ¡Era mayor que yo pero no lo aparentaba para nada!

-¿Estás en la universidad? ¿Qué estudias?

-He pospuesto la universidad para otro momento. Quería desconectar, salir al mundo exterior. Viajar. Conocer todo tipo de personas, hasta que algo me llevó hasta aquí.

-¿El qué? – preguntamos todos a la vez.

Pero Nao se limitó a mirar al océano y las preguntas cesaron.

Una vez pasado el mal trago de la presentación, que finalmente lo pasé yo peor que Nao, empezamos a organizar la fiesta. A colocar mesas, las sombrillas, las sillas y antes de que pudiera tranquilizarme, Rin y Takumi

ya me habían cogido por los brazos y las piernas para lanzarme al agua.

Las chicas reían mientras Heiji lo grababa todo. Siempre llevaba su cámara para inmortalizar cualquier momento tonto o divertido del grupo, gracias a eso tenía mi disco duro casi lleno de tantos vídeos cortos y no tan cortos de los últimos años. Vídeos de los festivales del instituto, de los torneos deportivos, cumpleaños, navidades, en el karaoke, excursiones... y en cada uno de ellos estábamos todos. Sonrientes. Salvo uno.

Exacto.

No es que no me gustase salir en los vídeos, es que no me apetecía estar en ese momento ahí. Seguía con mi obsesión de irme, de dejar el pueblo, desaparecer pero ellos no me dejaban y me arrastraban allá donde fueran. Al principio me mostraba taciturno pero luego acababa contagiándome de sus tonterías y eso podía verlo reflejado en los vídeos. Me angustiaba verlos y al mismo tiempo me alegraba de tener esos preciosos tesoros que nunca más regresarían, pero que tampoco los añoraba.

-¿No te das un baño? – le pregunté a Nao cuando por fin me dejaron salir del agua entre ahogadillas. Ésta negó con la cabeza bajo la misma y enorme pamelita blanca que llevaba el día que la conocí. También volvía a vestir un vestido largo esta vez de color blanco. - ¿Quieres que vayamos juntos? – pero volvió a negarlo.

Me encogí de hombros y me senté a su lado. Observábamos a todo el grupo reír, gritar, jugar. Se lo estaban pasando en grande y quise inmortalizarlo, así que tomé “prestada” la cámara de Heiji y volví a mi sitio intentando pasar desapercibido pero mi carrera como director duró poco tiempo. En cuanto Rin se percató... Solo diré que casi me quemo las plantas de los pies huyendo de Heiji.

-¡Hikari, vente al agua! – me apremió Ninako pero negué con la mano alzada. No quería dejar a Nao sola y tampoco me apetecía bañarme. Me sentía muy a gusto sentado a su lado, charlando o quedándonos en silencio con aquellas vistas mientras ya el olor a la barbacoa nos rodeaba. Takumi se había puesto manos a la obra. Se le daba genial cocinar y siempre se ofrecía voluntario -¡Hikari! – volvió a llamarme pero esta vez la ignoré.

-Deberías ir.

-No me apetece.

Nao se encogió de hombros.

-Se enfadará.

-¿Por qué iba hacerlo?

Y volvió a encogerse de hombros ocultando su rostro bajo la pámela.

Poco después nos juntamos todos para comer. El cumpleaños iba en buen camino y Tohru ya se la veía más aliviada al no llevar puesto el disfraz, aunque sí la banda que Rin le colocó con rapidez.

Entre risas, anécdotas, y más preguntas a Nao sobre su repentina llegada, el almuerzo pasó veloz y cuando quise darme cuenta estaba de pie con los ojos vendados y un palo entre las manos dispuesto a jugar a romper la sandía. Un juego típico de la estación de verano. El objetivo era bien sencillo: romper la sandía pero ¿Cómo podía romperla si tenía los ojos vendados? Fácil, mi compañero tenía que guiarme mientras los demás gritaban o intentaban confundir al jugador principal.

Rin, que fue mi compañero por sorteo, ambos sacamos el palito con el número dos, intentaba gritar todo lo que podía pero Ninako y Tohru iban hacer todo lo posible para impedir lograr mi objetivo. Correteaban a mí alrededor, me hacían cosquillas pese a las quejas de Rin por detenerlas. Mientras tanto Takumi hacía fotos, Heiji grababa en vídeo y Nao y Ayumi aplaudían animándome. Su risa me daba fuerza. ¡Me sentía capaz de todo!

-La próxima vez quiero cambiar de compañero.

-La culpa ha sido tuya por no orientarme bien. ¿A dónde me querías llevar? ¿Al acantilado? – le recriminé tras quitarme la venda al finalizar el tiempo y encontrarme a varios metros de dónde nos encontrábamos.

-Me estaba dejando la voz pero éstas dos.- señaló a Ninako y a Tohru que nos sacaban la lengua – estaban haciendo trampas.

-No hemos hecho trampas.

-Todo está permitido en este juego.

-¿Todo, todo? – preguntó Rin con sonrisa picarona.

-Todo excepto tocar al jugador en ciertas partes o darle un beso.

Rin levantó las manos en son de paz y se lanzó hacia las chicas para hacerles cosquillas pero no por mucho tiempo pues le había llegado el turno a Takumi y Heiji. Takumi partió la sandía en menos de un minuto.

¡Qué sincronización!

Nos comimos nuestra correspondiente porción aún sorprendidos de ese nuevo récord. ¿Entrenáis durante todo el año para jugar a la romper sandía? Les preguntó Rin a lo que Heiji contestó que solo había que ignorar a los dos loros parlanchines y centrarse únicamente en la voz melodiosa de tu compañero.

-¿Nos acaba de llamar loros? – dudó Ninako.

-A mí me preocuparía más que un chico me diga que mi voz es melodiosa.

-Eso es porque tienes envidia Rin de que Hikari no pueda oírte por no tener una dulce voz.

-Mi voz es perfecta. Va acorde conmigo.

-Cierto, de chico popular e idiota.- dijimos todos a la vez y rompimos a reír.

Nao también reía aunque a veces tenía la sensación de que estaba ausente. Nos miraba pero como si no nos estuviera mirando. Nos escuchaba pero como si no nos estuviera escuchando. Me sentía extraño cada vez que la observaba porque su sonrisa fugaz iba y venía. Quería preguntarle si se estaba divirtiendo, si estaba cansada, o aburrida pero me daba la sensación de que Nao podía irse si quisiera, que no tenía que pedirme permiso. Se levantaría, se disculparía tras darnos las gracias por invitarla y se iría sin más. ¿Siempre había sido así? ¿Iba y venía cuando se le antojase o solo podía hacerlo ahora al ser “libre”?

-¡Nao, nos toca!

Agité la cabeza. Me estaba empezando a doler.

-¿Lo haré bien? – me preguntó antes de dejarme ponerle la venda sobre los ojos.

-Lo harás perfectamente. Heiji sabe indicar muy bien pero Ninako es la mejor porque no solo te da indicaciones sino te anima y está todo el rato a tu lado para que la escuches solo a ella e ignores a los demás.

-¿Has sido su compañera otras veces? – asentí. Muchas. Demasiadas. Pero siempre conseguía partir la sandía. ¿Cómo lo conseguía? – Estoy nerviosa, ¿Y si no la rompo?

-No pasará nada. Tú disfruta. Pásatelo bien. Si la rompes nos la comeremos y sino la romperemos igualmente. Peor que yo no lo harás.

Así que.- le tapé los ojos y le susurré – Deja tu mente en blanco y diviértete.

La hice girar sobre sí misma un par de vueltas y comenzó la partida.

Como bien le había dicho, Ninako no se separaba de ella para evitar que Tohru le hiciera cosquillas o los chicos se acercaran más de lo necesario. Las manos de Nao le temblaban y sus delgadas piernas daban pequeños pasitos hacia la sandía con inseguridad ¡Iba a superar el record de Takumi! Pero de repente, Ninako la desvió hacia la izquierda.

-¿Por qué le das una indicación errónea? Así no vais a ganar.

-Así es más divertido. Tengo la sensación de que Nao nunca ha jugado a este juego y quiero que juegue todo lo posible.

¿Solo era eso o había otra intención tras sus palabras?

Nao giró hacia la izquierda, dio tres pasos, luego hacia la derecha, otros cuatro pasos, después caminó de espaldas dos más, otra vez a la derecha y por último a la izquierda. ¡Iba directa a la orilla!

-¡Nina-i - quise detenerla pero el grito de Nao nos alertó a todos.

Una enorme ola había llegado de la nada dándole de lleno en las rodillas y derribándola al suelo. Corrí hacia ella como si no hubiera un mañana. Cuando le quité la venda estaba pálida, temblorosa, aterrada.

-¿A qué ha venido eso? – le recriminé a Ninako - ¿En qué pensabas para enviarla al mar? ¡Podía haberse hecho daño!

-No sabía que una ola la iba a derribar pero estás bien ¿Verdad?

Pero no parecía estarlo. Temblaba, tenía la respiración acelerada y cerraba los ojos con fuerza.

-No ha sido para tanto. Ha sido una olita de nada.- la escuché reírse por lo bajo observando a Tohru quien, al contrario que ella, sí parecía preocupada.

-¡Déjate de tonterías! Discúlpate.

Pero Ninako no se disculpó, sino que repetía una y otra vez que solo era un juego. Por supuesto, empezamos a discutir. Su voz iba subiendo de volumen, parecía que iba a devorarme en cualquier momento mientras que yo me puse por delante de Nao con el brazo en alto protegiéndola de

forma inconsciente.

-¡Eres un idiota Hikari!

Y salió corriendo.

Tohru se disculpó con Nao y fue tras ella, dejándonos a los demás allí sin saber qué decir o qué hacer. Pero yo lo tenía claro. No iba a ir detrás de Ninako. Aunque siguiera diciendo que era un juego algo en mi interior me susurraba que lo había hecho aposta. En cuanto vio a Nao por primera vez tenía un extraño brillo en los ojos, un brillo que no iba nada con su personalidad tan alegre, abierta y divertida.

-Lo siento... - se disculpó Nao cuando ya casi habíamos acabado de recoger. El cumpleaños no había terminado como nosotros lo habíamos planeado. Iba a terminar con fuegos artificiales antes de irnos a casa después de cenar pero Ninako lo había estropeado todo.

-¿Por qué te disculpas? Tú no has hecho nada malo. Ninako es quién tiene que disculparse. Es una completa idiota.

-Es normal. Me ha visto como a una enemiga.

-¿Enemiga?

-Me impresiona lo ciego que puedes llegar a ser a veces, Hikari.

Rin me sorprendió tapándome los ojos desde atrás.

-Nao acaba de conocer a Ninako y ya se ha dado cuenta de muchas cosas que han surgido desde que os conocisteis aquella bonita mañana de primavera en la guardería dónde tú llorabas porque querías quedarte con tu mamá.

-¡Yo nunca he llorado al ir a la guardería!

Empezó a gesticular como si estuviera llorando y le pegué un ligero empujón.

-Déjalo Rin, no se dará cuenta jamás. – habló esta vez Takumi que nos enseñaba la bolsa con el regalo de Tohru. A la noche nos pasamos por su casa y se lo damos, propuso Heiji.

-¡Pero me irrita! – dijo Rin dando pequeños saltitos en la arena - Podríamos tener una bonita pareja en el grupo si ese idiota de ahí.- me señaló para después cruzarse de brazos – Dejase de pensar en sí mismo y

viera más lo que hay a su alrededor.

Takumi asintió dándole la razón mientras que yo no entendía nada de nada.

-Nao ¿Se lo explicas tú, querida? ¿O prefieres que te hagamos un esquema? – Mejor un dibujo, planteó Rin.

-¿De verdad no lo sabe? – los tres negaron a la vez con caras largas – A Ninako le gustas, Hikari.

¿Qué yo qué?

-No sé cómo le puede gustar con esa cara de bobo que tiene. Somos cuatro chicos en el grupo y se fija en el más tonto.

-¿Preferirías que le gustases tú, Rin? No me lo esperaba.

-¡Claro que no! Las chicas como Ninako no me van, las prefiero más-

-¿Lanzadas?

Rin chasqueó los dedos. Heiji había dado en el clavo pero yo ya había dejado de escucharles. ¿Qué yo le gustaba a Ninako? Qué absurdo. Ninako era mi mejor amiga, nos conocíamos desde la guardería. Si hubiese algún indicio de que sintiera algo por mí me habría dado cuenta.

¡No era tan tonto para esas cosas!

-Venga, volvamos a casa.

Fui el primero en andar hacia las escaleras pero ninguno me siguió. Ni siquiera Nao. Los cuatro me observaban decepcionados.

-Dejad ya la broma.

-Pobre Ninako, se ve que es una buena chica.

-¿A pesar de haber sufrido en propias carnes su estúpida broma?

-No es su culpa, habrá pensado que entre Hikari y yo hay algo. -¿Y lo hay? – fue Rin quien preguntó pero Takumi y Heiji parecían querer saberlo también -No hay nada. Nos hemos conocido hace poco y nos hemos hecho amigos.

-Aun así no creo que Ninako lo entienda.

-¿El qué? ¿Qué un chico y una chica puedan ser solo amigos? Si no es capaz de entender algo como eso, no es tan inteligente como Hikari me la ha descrito.

Recogió su mochila y pasó por mi lado sin ni siquiera mirarme. A los segundos Rin me pasaba el brazo por el hombro mientras Takumi y Heiji caminaban a nuestro lado.

-Las chicas son demasiado misteriosas.

-Y problemáticas.

-Pero realmente guapas.

-No seríamos nadie sin ellas.

-Es genial tenerlas como amigas.

-El grupo cojearía sin Ninako y Tohru.

-Aunque podríamos deshacernos de Hikari.

-Cierto ¿Y si lo cambiamos por Nao? Seguro que se vuelve más divertido todo.

-Pero si lo divertido es que Hikari esté en el grupo. Ya sabéis, para reírnos y eso.

-Chicos, os puedo oír ¿Lo sabéis?

-Tú no te preocupes Hikari. Piénsate lo que te hemos dicho. O no. En realidad Ninako no te ha dicho nada y no parece querer hacerlo. O tal vez sí. ¿Deberías plantearte lo que sientes por ella?

-¿Y si probáis a salir juntos?

-¿Y si rompen? El grupo se iría a la mierda.

-Pero tal vez se acabe enamorando de ella.

-No es bueno salir con una persona solo para probar a ver qué pasa. Hikari.- esta vez fue Heiji quién me tocó el hombro – Sigue siendo un ignorante, te irá mejor en la vida.

Y se marcharon, dejándome allí, solo, con mil pensamientos, y otros mil sentimientos más. ¿A qué había venido esa extraña conversación? ¿A qué

había venido el decirme lo de Ninako?

-Joder, ya os vale tíos.- susurré y corrí hasta ponerme a la altura de Nao. Por el rabillo del ojo pude ver a Takumi hablando por teléfono y al poco rato informarnos de que se trataba de Tohru. Había convencido a Ninako para vernos todos más tarde en el parque que había frente al instituto. Nao me dijo que no iría, estaba cansada. ¿Era realmente por eso? Sus mejillas seguían sin color.

Nos despedimos y Ayumi y yo acompañamos a Nao de nuevo hasta la librería. Por alguna extraña razón aún no quería revelar donde se quedaba. ¿No estarás durmiendo en el bosque de Aka? Su risa arrastró de golpe los sentimientos negativos que se habían formado en mi interior tras lo sucedido con Ninako.

-Ya sé cuál será el próximo deseo que te concederé.

-¿En serio? ¿Cuál?

-Enseñarte a nadar.

Nao parpadeó con rapidez.

-¿Cómo lo has sabido?

-No ha sido difícil darse cuenta de ello.- me encogí de hombros – Aunque a cualquiera nos hubiera asustado ser derribados por una ola teniendo los ojos tapados no habríamos estado a punto de darnos un ataque de ansiedad, y tú has estado a nada de cruzar esa línea. Así que he imaginado que tal vez no sabrías nadar.

Nao negó con la mirada clavada en el suelo.

-¡Estupendo entonces! Déjame un día para prepararlo todo y te lo concederé.

Nos estrechamos las manos cerrando el trato.

-Gracias por el día de hoy, a pesar de todo me lo he pasado muy bien. He vivido diferentes experiencias en muy poco tiempo y tus amigos son geniales.

-¿Ninako incluida?

-Ninako incluida. Creo que llegaríamos a ser buenas amigas.- me sonrió golpeando justo en el corazón – Por cierto, el juego de la sandía no estaba entre mis deseos así que – se puso ligeramente de puntillas, se inclinó hacia mí y me dio un fugaz beso en la mejilla – Gracias, no podría haber

elegido un genio de la libreta mejor que tú. ¡Jamás olvidaré este día!

Corrió hasta el final de la calle, se giró haciendo volar su larga cabellera recogida en una trenza, alzó la mano y se despidió. No supe qué había pasado hasta que sentí que alguien me tiraba de la camiseta con una pequeña sonrisita diabólica en su rostro.

Ayumi lo había presenciado todo.

Capítulo 6

Quinto Deseo

-Pensaba que no ibas a venir.

-Si he venido ha sido por Tohru. No quiero que una pelea entre Ninako y yo estropee su cumpleaños.

-¿No te ha enviado ningún mensaje? ¿Una llamada? – negué con la cabeza y Rin suspiró largo y tendido – Menudos par de cabezotas tengo por mejores amigos.

-Pero si ha sido culpa suya que el cumpleaños haya terminado de esta manera, no mía.

Pero Rin no me contestó. Al final de la calle Takumi y Heiji ya nos estaban esperando y en poco menos de cinco minutos habíamos llegado al parque situado justo enfrente del instituto. Era el lugar favorito de los estudiantes pues solían quedarse por los alrededores tras finalizar las clases, aunque la mayoría de las tardes, sobre todo durante los meses de primavera y verano, estaba abarrotado de niños jugando en los columpios y era imposible permanecer allí más de media hora por culpa del griterío.

Ninako y Tohru llegaron puntuales a nuestra reunión. Ninako ni siquiera se dignó a mirarme ni a dirigirme la palabra en la hora y media que estuvimos allí para darle el regalo a Tohru y terminar el cumpleaños como lo habíamos acordado: encendiendo pequeños fuegos artificiales.

Fue divertido, no lo negaré, pero el ambiente se palpaba frío a pesar de ser una noche bastante calurosa. Pero la tensión entre Ninako y yo podía cortarse con un cuchillo y ni siquiera Rin intentó hacer alguna de sus bromas porque sabía muy bien que las cosas podían acabar peor de cómo empezaron, así que se dedicó a pasar de nosotros dos.

-¿Y Ayumi? Pensé que vendría contigo.- Heiji se acercó a los columpios donde estaba sentado observando como la lucecita de mi pequeña antorcha se consumía.

-Se ha quedado dormida. De todas formas no le he dicho nada de que viniera porque pensaba que el ambiente estaría algo turbio.

-¿No vas a hablar con ella? – le dije que no casi sin voz. Suspiró, al igual que Rin, pero permaneció callado. Heiji no presionaba, ni tampoco era tan

impaciente como Rin y eso lo agradecía enormemente.

-¿Ya has pensado algo para el corto de este año?

-Aún no y se me acaba el tiempo.

-Tranquilo, todos los años dices lo mismo y antes de que llegue el otoño ya nos tienes a todos estudiándonos el guión.

-Pero este año es diferente. Ya sabes, la universidad.- asentí dándole la razón pero no compartiéndola pues yo no iba a ir a la universidad así que no estaba tan agobiado como ellos – Mis padres me han apoyado que vaya a Estados Unidos a estudiar cine desde que tengo uso de razón pero a veces creo que es un gran error, que voy a desperdiciar años de mi vida estudiando algo que no me dará de comer.

-Es el miedo el que habla, no Heiji el mejor director de cortos de toda la historia.

Me dio un ligero codazo con una sonrisa complaciente.

-¿Crees que hago lo correcto? – me preguntó tras largos minutos en silencio. Nuestras pequeñas antorchas se habían consumido hacía rato pero ambos las manteníamos agarrando, observando sus puntas grisáceas.

-Quizás yo no sea la persona más indicada a la que debas hacerle esa pregunta pero Heiji, tienes la valentía de enfrentarte a todo lo que te propongas y aunque no consigas hacerte con el triunfo ya has hecho lo más difícil, presentar tus cortos.- dirigí la mirada hacia él – Tú caminas con la cabeza bien alta, con la mente fría y estable, te haces ilusiones pero al mismo tiempo las haces desaparecer para no acabar decepcionado contigo mismo pero créeme cuando te digo que sea el lugar dónde tus pies te lleven alcanzarás tus metas. Tienes la perseverancia para conseguirlo, y el don de crear con tus propias manos magia que se será proyectada en la gran pantalla, así que no dejes que el miedo siga hablando por ti. No te pega nada.

-Tú también eres valiente, pero no quieres darte cuenta de ello.

Respondió para empezar a columpiarse y yo le imité. ¿Preparado?
¡Preparado! Y saltamos ambos a la vez hasta caer sobre la hierba.

A los minutos Takumi y Rin se habían unido a la diversión mientras que Ninako y Tohru nos observaban entre risas. Hubo un cruce de miradas entre Ninako y yo pero rápidamente desvió la mirada, pero de nuevo volvió a mirarme como si quisiera decirme algo pero al ver que yo no reaccionaba, ni le sonreía, ni le daba pie a darle la oportunidad de

disculparse pues no volvimos a cruzar miradas. El cumpleaños finalizó sin que el objetivo secundario de los demás se llegase a cumplir: Que Ninako y yo hiciéramos las paces.

-¿Cómo habéis terminado el cumpleaños? – me preguntó mi madre nada más llegar a casa. Le contesté con un simple bien y salí del salón rumbo a mi habitación. Podríamos haber hablado más, haberle contado cómo había ido el día en la playa, el disfraz ridículo que llevaba Tohru y que nos tocaría a los demás en un futuro próximo, enseñarle las fotos, y por supuesto evitaría mencionar a Nao aunque bien podía saber quién era por Ayumi, pero no quería quedarme en esa habitación. Mi padre estaba allí, viendo la televisión, bebiendo cerveza y, por supuesto, ignorando mi saludo.

Di las buenas noches a mitad de las escaleras.

A cada escalón que subía sentía una enorme presión en mi pecho. La misma presión que me asfixiaba cuando mi padre estaba en casa. Yo le evitaba. Él a mí también, solo me “hablaba” cuando había que salir a pescar y necesitaba mi ayuda, o más bien, me necesitaba para que el resto de sus compañeros vieran el hijo tan inútil que tenía que no servía ni para permanecer en un barco no más de cinco minutos.

Solo entre las cuatro paredes de mi habitación me sentía aliviado, vivo, libre. Podía respirar y refugiarme en los videojuegos o leyendo comics. También estudiaba, aunque no fuese a ir a la universidad, pero lo hacía, para matar el tiempo y estar concentrado y distraído en algo. Además, me gustaba estudiar. Encendí la lamparita de la mesita de noche y me senté en la cama cuando algo captó mi atención. Sobre el escritorio había un folio doblado a la mitad que no recordaba haberlo dejado ahí. Cuando lo abrí me quedé congelado. Me temblaban las manos. ¿Cuándo...?

-Ah, ya la has visto.- Ayumi acababa de entrar sin tocar la puerta como siempre – Me la ha dado Nao para ti esta mañana, en la librería, antes de ir a la playa.

-¿Y por qué no me la has dado antes?

-Porque se me había olvidado. ¿Qué pone?

-¡Nada que a ti te importe! Venga, a dormir.

-¡No tengo sueño! ¿Por qué no me lees un libro o jugamos a algún juego?

-Es muy tarde Ayumi.- señalé el despertador con la cabeza. Eran cerca de las once de la noche.

-No tengo sueño.- no me extraña, si llegamos de la playa a las cinco y caíste rendida hasta la cena – Por favor, Hikari.

Me zarandeaba de la camiseta.

¿Cómo podía decirle que no? Yo tampoco tenía sueño, al contrario, estaba nervioso, ansioso. Me había pasado la tarde pensando cómo podía enseñar a Nao a nadar y dónde. La playa podría ser un buen lugar pero no quería encontrarme allí con Rin y los demás, y menos con Ninako. Además podía darse el caso de que Nao no quisiera regresar a la playa por el susto del día de hoy. Tenía que pensar bien el lugar.

Ayumi me cogió de la mano y tiró de mí hacia su habitación para que entre los dos eligiéramos un juego. Al final lo decidió ella, como siempre. Se quedó dormida a los pocos minutos de empezar a jugar. La cogí en brazos, la metí en la cama y cuando regresé a mi habitación el corazón me latía como un loco con solo ver la nota de Nao. Por fin había desvelado otro de sus secretos. Ahora sabía dónde se estaba hospedando y podría ir a sorprenderla, como ella me había sorprendido a mí el día de ayer.

Prepárate Nao, porque te voy a cumplir tantos deseos que necesitarás una nueva libreta para apuntarlos todos.

-Buenas tardes, Hikari. Cuánto tiempo sin verte. ¡Cómo has crecido!

-Buenas tardes, señora Kaede. ¿Qué tal se encuentra?

-No me encuentro mal, a pesar de mi ya avanzada edad tengo las piernas bastante fuertes.- decía mientras se daba pequeños golpecitos en las rodillas. Estaba arreglando el pequeño jardín que tenía en uno de los laterales de la entrada del complejo de apartamentos dónde vivía temporalmente Nao. ¿Cómo no había pensado antes en este lugar? Los hoteles y hostales estaban completos al igual que los pequeños apartamentos que regentaban sus dueños estos días.

Sin embargo, el complejo de apartamentos de la señora Kaede, a pesar de ser muy viejo en su aspecto exterior, lo había renovado no hacía más de tres años, pero muy pocos turistas conocían de su paradero pues la señora Kaede no lo publicitaba. Ella los alquilaba para todo aquel que pasaba por el pueblo y quería quedarse unos días o para todo aquel que necesitaba dormir debajo de un techo en un día crudo de invierno y sin

recibir nada a cambio.

Era una persona encantadora, servicial, amable y bondadosa, que siempre daba todo lo que tenía a cambio de una cálida sonrisa junto a su amado y fallecido marido.

Muchos vecinos creyeron que tras la muerte del señor Kamiya la señora Kaede se iría a vivir con su hija a la ciudad pero cuál fue nuestra grata sorpresa que no solo se quedó en el pueblo sino que siguió con su contribución de seguir ayudando a los más necesitados, y también al alma de su marido. Para ella seguía vivo en aquel edificio y no podía dejarle solo. Bellas palabras que nos hicieron estremecer al pueblo por completo.

- ¿Vienes a buscar a la jovencita de la ciudad? – asentí intentando no ruborizarme por su expresión – Sube. La encontrarás en el apartamento 2B.

Le di las gracias y me dirigí sin prisa alguna hacia las escaleras.

Toqué el timbre tras tres silenciosos suspiros. ¡Estaba muy nervioso! Era la primera vez que visitaba la “casa” de Nao y no sabía qué podía encontrar en su interior. Ella había estado en mi habitación... ¿Me haría una guía turística por la suya? Rápidamente abrió la puerta, me sonrió para saludarme y tras pedirme que la esperase unos segundos volvió a cerrar la puerta.

Pues no, estaba claro que no habría sesión turística esa mañana. Tampoco me importaba, no mucho, era su privacidad, y sobre todo era una chica que estaba viviendo sola...

-Perdóname Hikari, pasa, pasa.- dijo abriendo de golpe la puerta y dejándome sin habla mientras me invitaba, finalmente, a pesar – Como no estoy acostumbrada a tener visitas, solo la señora Kaede, pues te he cerrado la puerta. ¡Lo siento!

Se disculpaba al mismo tiempo que metía varias cosas en una enorme mochila roja que captó mi atención nada más entrar pero que luego mis ojos se desviaron para revisar toda la estancia. Tenía el departamento limpio y ordenado. Disponía de una pequeña cocina ubicada en la misma estancia que el salón pero separadas por una pequeña barra americana. Debajo de la ventana que daba al patio trasero había una mesita y encima un par de fotografías y supuse que sería de su familia pues desde mi ubicación no conseguía verlas bien.

-Debes pensar que soy una anfitriona horrible.

-No pasa nada, podía haberte esperado fuera.

-A las visitas hay que tratarlas con cortesía, y más si es la visita de un amigo. ¿Quieres beber algo? ¿Un té? ¿Has almorzado? Yo sí pero puedo prepararte algo rápido. – le dije que no a todo ruborizado – ¿Seguro? No me supone problema alguno en que nos paremos un rato. No hay prisa ¿No?

-En realidad... sí, algo de prisa sí que tenemos.

-¿Así? ¡Pues habérmelo dicho en la carta que me enviaste ayer! Que por cierto, me puse muy nerviosa cuando la encontré en el buzón.- ¿Por qué? Quise saber acercándome más a ella – Pues porque me decías que hoy por la tarde me enseñarías a nadar y que estuviera lista para después del almuerzo y nada más. ¡Nada más!

-¿Tenía que decirte algo más?

-¡Pues claro! – alzó los brazos en alto – Una lista de cosas que tendría que llevarme.

Reí torpemente.

-Vaya, lo siento, no caí en eso, pero viendo la enorme mochila que has preparado es innecesaria esa lista. ¿Puedo preguntar qué llevas ahí dentro?

-Un poco de todo.- ¿un poco de todo? Estaba extremadamente curioso - Sí, mira.- se agachó a mi lado y empezó a sacar todo lo que llevaba en su interior. Apenas miraba lo que me iba enseñando pues mis ojos radiaban por la luz de felicidad que emitía Nao en ese mismo momento. No dejaba de sonreír mientras sacaba más y más cosas y me iba explicando para qué las iba a usar pero yo apenas la escuchaba. Seguía eclipsado - ¿Qué te parece? – la miré un poco atontado - ¿Es mucho?

Bajé la mirada al tatami y me encontré rodeado de dos toallas, un flotador de colores llamativos guardado en su plástico sin abrir, crema protectora, una pelota pequeña, unas chanclas, un gorro de baño, una gorra, un par de sándwiches y una botella de agua. Todo correcto, le dije y por el rabillo del ojo vi que suspiraba aliviada y volvía a meter todo dentro de la mochila.

-Yo también he traído algo que te ayudará bastante.

-¿Qué es? – preguntó interesada.

-Te lo enseñaré cuando lleguemos allí.

-¿A dónde vamos? ¿A la playa?

-No, a estas horas habrá mucha gente y quizás te sientas un poco agobiada. Además, descarté la idea de ir a la playa por lo sucedido el otro día.- no voy a dejar de ir a la playa por una broma, Hikari, no soy una cría ¿Recuerdas? – Cierto, eres un año mayor que yo. Debería de tratarte con más respeto, oh mi ama - ¡Basta! Me dio un ligero empujón escaleras abajo muerta de la risa.

-¿Entonces, a dónde vamos?

-Tú solo, sígueme.

Y me dirigí hacia la parte de atrás del edificio para salir por un estrecho callejón. Miré a Nao por encima del hombro para ver si ella y la mochila cabían por allí y sí, se rozaba un poco con las paredes pero no le parecía importarle, al contrario, parecía divertirse. Acabamos saliendo por una de las calles principales del pueblo y de nuevo callejamos hasta dirigirnos hacia el bosque de Aka, sin embargo no íbamos a internarnos en sus verdes entrañas, sino que nos desviaríamos por uno de sus cientos y ocultos senderos.

Nao me seguía sin hacer preguntas o dar señales de que estuviera cansada. De vez en cuando se paraba para observar los árboles, o mirar hacia atrás o sus alrededores, como si quisiera dejar grabadas en sus retinas cada instante vivido. Yo la observaba en silencio, curioso, y de vez en cuando la imitaba. Cerraba los ojos y me dejaba acariciar por la suave brisa que danzaba con las hojas de los árboles, o canturreaba al compás del sonido de los pájaros. Nunca antes me había parado hacer esas cosas y me había parecido una experiencia maravillosa, relajante, cautivadora.

-Hemos llegado.- y le indiqué una pequeña puertecita que estaba oculta entre una enredadera de hojas seca

-¿Dónde estamos? Es como si hubiésemos dejado el pueblo muy atrás y haber entrado en otro mundo totalmente distinto.

-¿Verdad? Por muy raro que parezca, seguimos dentro del pueblo, pero esa puerta de ahí es una puerta oculta de cuya existencia muy pocos conocen.

-¿Y a dónde conduce?

-¿Por qué no lo averiguas por ti misma? – no hizo falta decirle nada más y prácticamente salió corriendo hacia ella. Me miró con las mejillas rosadas y empujó la puertecilla y se asustó al escuchar el chirrido que ésta

acababa de emitir - ¿Asustada? – negó con la cabeza. Tomó aire, volvió a empujarla y esta vez entró sin pensárselo dos veces. Yo la seguía de cerca aunque en aquel lugar no había pérdida alguna porque nada más entrar lo que te encontrabas era una pequeña cuesta y abajo del todo mi instituto.

-¿Dónde estamos? – preguntó maravillada con las vistas.

-Ese edificio de allá abajo es mi instituto. El instituto Umi.- ¿Umi? – Así es, Umi significa Mar, como ya sabes.

-¿Está relacionado con vuestro Dios?

-Allá donde vayas hay señales de la devoción que siente este pueblo por él. Por eso el instituto se llama así.- asentía con cada palabra que escuchaba. Supe que quería saber más cosas pero no teníamos mucho tiempo. Las clases extraescolares las cortaban al mediodía, al igual que los clubes, y ya no había rastro alguno de estudiantes pero sí del guardia de seguridad. Miré el reloj. Perfecto, debe estar a punto de comenzar su siesta de tres largas horas - Sígueme, pero tienes que ir en silencio. Si el guardia de seguridad nos pilla...

Se llevó los dedos a los labios e hizo el ademán de cerrárselos como si fuera una cremallera y luego lanzarla colina abajo. Me tapé la boca para no dejar escapar una carcajada. ¿Preparada? Le tendí la mano y ella se aferró a mí sin dudarle. Sus ojos brillaban de curiosidad, placer y diversión. Estaba deseando ver dónde iba a llevarla. Y su reacción no me dejó indiferente. En cuanto vio la enorme piscina que teníamos alejado del edificio principal se quedó sin habla. Literalmente. No podía cerrar la boca. La observaba maravillada como si el ver una piscina fuera la primera vez para ella.

-Es perfecta. ¡Gracias Hikari! – daba pequeños saltitos cada vez más nerviosa. Le indiqué que podía cambiarse en los vestuarios y la guíé hasta ellos. Abrí la puerta de ambos vestuarios y entró sin vacilar, aunque me dio la sensación de que quería preguntarme cómo había conseguido la llave y me alegré de que no lo hiciera. Cuanto menos supiera, mejor. Había que dejar cosas sin aclarar para darle más emoción a la misión.

Cuando Nao salió de los vestuarios parecía estar presenciando a la propia felicidad personificada.

Era una imagen que me acongojaba.

-¿Está muy fría? – preguntó acercándose al borde temerosa. Nadé hasta ella y le indiqué que fuese por las escaleras, era más fácil y más seguro para una principiante. Se dirigió con cuidado, sin apartar la mirada del agua mansa y brillante - ¿Y ahora?

-Ve bajando poco a poco, para que el cuerpo se vaya acostumbrando a la temperatura. Si supieses nadar te diría que te lanzaras sin más pero como es tu primera vez mejor ir despacio. ¿Te parece bien?

-Tú eres el profesor.

-Te equivocas, soy el genio de la libreta, no lo olvides.

Su carcajada melodiosa se apagó al taparse la boca con las manos. Miró a un lado y a otro temiendo que el de seguridad apareciera de repente y nos sorprendiera allí, pero no iba a venir. No en un largo rato.

Suspiró aliviada sentándose en el bordillo, con los pies sobre el primer escalón donde el agua no cubría. Se había quedado en silencio, observando el agua mientras que yo no podía apartar la mirada de ella. ¡Qué belleza! Su piel era tan blanca que podía verse a través de ella. Pálida, delicada, como una muñeca de porcelana. Dónde el único toque de color que había en ella era su oscura trenza que le caía con gracia sobre el pecho y el bañador de una pieza azul turquesa.

-¿Preparada? – carraspeé para recuperar la voz. Me puse al lado de la escalera y fue bajando poco a poco, cerrando los ojos ante el frescor del agua. Para mí estaba perfecta pero Nao no estaba acostumbrada pero no parecía importarle o no quería pasar más frío y entrar en calor pues bajó los dos últimos escalones de golpe apoyando los pies en el suelo y aferrándose a mi cuello.

-Lo siento, soy muy torpe.

-N-no pasa nada.- dije ruborizado. Era el único que lo estaba – Esta parte de la piscina es la zona más baja, darás pie hasta más o menos la mitad, allí la zona es más honda así que por ahora te quedarás por aquí.- asintió – Lo que he traído para hoy es algo especial, como un objeto mágico que hará que aprendas a nadar en un – y chasqué los dedos. Nao no pudo evitar reírse pero sus oscuros ojos se clavaron en mi expectantes – Pero antes de utilizarlo vamos a empezar con lo básico – extendí las manos hacia ella y ésta lo entendió sin tener que pedirle permiso para agarrar las suyas.

Nos íbamos moviendo poco a poco. Sin prisa. Sabía más que de sobra que el de seguridad no pasaba por allí en su ronda hasta horas más tarde. Ese era su horario, su rutina que Rin y yo nos aprendimos más que de memoria desde el primer año de instituto pues cada verano veníamos por

aquí a darnos más de un chapuzón. Más noches que tardes incluidas.

Nao aprendía con mucha más rapidez de lo que me imaginaba, así que pasamos al siguiente escalón. La tabla. Una pequeña tabla roja que Ayumi utilizó para aprender a nadar y poder moverse ella sola a su ritmo y velocidad. Tanto Nao como yo nos sentimos más cómodos de esa forma pues podíamos nadar juntos uno al lado del otro sin cruzar a la parte honda.

-¿Quieres descansar un rato? – le pregunté pasadas casi cerca de dos horas. Resopló y se dirigió al bordillo. Para mi sorpresa no iba apoyando los pies en el suelo sino que intentó nadar hacia las escaleras. Parecía un perrito asustado intentado que el agua no le tapase la boca.

Sonreí al contemplarla.

-Lo estoy haciendo fatal ¿Verdad?

Me preguntó mientras se sentaba en el bordillo con los pies metidos en el agua y deshaciendo su trenza para secarse el cabello.

-Lo estás haciendo muy bien. Quizás el problema sea yo...

-¡Eso no es así! Si tú no estuvieras aquí ¿Quién me enseñaría? – se inclinó hacia mí con una amplia sonrisa - Eres un buen profesor, Hikari.

Sentí ruborizarme. ¿Un buen profesor? Si lo único que había hecho era sujetarla de las manos para que no se hundiera. Eso podría haberlo hecho cualquiera. Estoy seguro de que Rin hubiera buscado la manera de hacer aquello más divertido, con algún juego estúpido que solo a él se le ocurriría. Tenía una mente brillante, cuando la ponía en funcionamiento, claro.

Ojalá yo fuera tan creativo como él...

-¿Hikari?

Levanté la mirada y Nao me miraba a su vez preocupada. ¿Acaso había puesto una cara rara? Me sumergí en el agua para refrescarme las ideas. Allí no estaba Rin. Estaba yo. Era a mí a quién Nao había pedido ayuda. No a él. A mí. Aunque si me lo ha pedido a mí es porque Rin no tiene ni idea del verdadero motivo del por qué Nao ha venido a este pueblo ni de su condición...

¡Basta! – grité bajo el agua y las burbujas ascendieron temblorosas.

-¿No estás cansado?

-Me encanta nadar, podría pasarme horas y horas dentro del agua. Si mi padre lo supiera se reiría en mi cara. - esto último lo dije entre dientes.

-¿Qué otras cosas te gustan?

Lo pensé durante unos segundos.

-Me gusta perderme por el bosque, andar y andar sin rumbo alguno. Salir con la bicicleta, ir a la ciudad a despejarme, escuchar música, pasarme la noche en vela jugando a videojuegos, pisar las hojas secas en otoño.- la sentí reírse y asentir al mismo tiempo. Era algo tonto, estúpido, pero me encantaba el oído de las hojas secas bajo mis pies. Al igual que el de la gravilla de tierra o la nieve. Era un sonido que muy pocos sabían de su belleza y tranquilidad. Como también lanzarme al interior de una enorme pila de hojas.

-¿Qué te gustaría hacer en el futuro?

Esta vez ni me tomé tiempo en responder.

-Vivir muy lejos de aquí.

-¿No te gusta este lugar? Yo lo encuentro tranquilo y acogedor.

Su sonrisa apareció de nuevo pero yo no la acompañé.

-No es eso. El pueblo y su gente están bien, es solo que decidieron mi futuro sin darme la oportunidad de elegir mi propio camino.-volvió a mirarme sin saber a qué me refería. Suspiré. Iba a tener que contárselo, a fin y al cabo ella también me había contado cosas personales – Mi padre quiere que sea pescador como lo fue su padre, su abuelo, bisabuelo, ya sabes, cosas de familia – su silencio me puso nervioso - también quiere que me haga cargo de la pescadería familiar en la que ahora trabaja mi madre y de vez en cuando Akane cuando está de vacaciones de su otro trabajo, pero yo aspiraba ser otra cosa.

-¿Qué querías ser?

-Viajar. Ver mundo. Descubrir cosas que los demás no supieran que eso estaba ahí ni que existieran. Encontrar tesoros. Mundos ocultos.

-¿Querías ser arqueólogo?

Asentí y mi cabeza se llenó de recuerdos de mi infancia cuando iba a la biblioteca y leía libros y libros sobre tesoros egipcios o sobre la historia Azteca y todos esos lugares que ahora son tumbas y reliquias impresionantes.

-Sólo tenía siete años cuando me sinceré con mi padre sobre mi futuro. Recuerdo que siempre jugaba con Rin a excavar para ver si encontrábamos algo y, un día, lo encontramos. Era una caja de metal que contenía monedas y un viejo yoyó bastante desgastado. Aún conservo esa caja como recuerdo de ese día.

-¿Qué te dijo tu padre?

-Que sería pescador y que no había nada más que hablar.- me mantenía flotando boca arriba contemplando el cielo el cual se llenaba de esos dolorosos recuerdos - La verdad es que resulta gracioso porque no puedo ser pescador. Me mareo en los barcos.- rompí a reír pero ella no emitió sonido alguno - Aun así, desde ese momento mi niñez se volvió oscura. No tenía ilusión por nada. Hacía lo que el resto de niños hacían porque era lo que se esperaba de mí. Pasé del colegio y mis notas cayeron en picado. A mi padre no le pareció importarle mucho pues nunca recibí una regañina de su parte, supongo que para ser pescador daba igual tener buenas o malas notas así que ¿Para qué iba a estudiar? No iba a ir a la universidad - cerré los ojos mientras el agua mecía mi cuerpo - Cuando entré en el instituto tomé la decisión de que necesitaría tener el título para poder trabajar, así que mantenía las notas por encima del aprobado para poder graduarme e irme de una vez por todas.

Terminé mi historia y solo se escuchaba el sonido de las cigarras. No sé el tiempo que estuvimos así y temía abrir los ojos y mirarla. ¿Qué expresión estaría haciendo? ¿Me observaría con pena, lástima? ¿Con envidia?

-¿Y de esa forma serás feliz?

Sonreí para mis adentro. Eres igual que ellos, Nao.

-Ahora mismo es lo que quiero. Si en un futuro seré feliz o no eso ya es cosa mía.

-Eres un idiota.- susurró. ¿Ya está? ¿No iba a decirme nada más? Vaya... no me esperaba esa reacción. Creí que me diría algo más... Me hubiera gustado saber su punto de vista, su opinión, saber si pensaba lo mismo que Rin y Ninako.

Volví a sumergirme y buceé hasta ella. ¿Qué más daba mi felicidad? ¿Qué más daba si ese trabajo era una mierda? Yo solo quería irme de aquí,

pensaba mientras me sentaba a su lado. La felicidad ya vendría, o tal vez no, me daba igual.

-¿Y tú? ¿Qué harás en el futuro? – esta vez fue Nao quién miró al cielo y me percaté de que acababa de meter la pata – Perdona, yo no quería... He sido un estúpido. Perdóname.

-¿Por qué?

-¿Por qué? Bueno, ya sabes, tú no-

-¿No tendré futuro? – su mirada me dejó sin habla y su sonrisa clavado en el sitio. ¿Por qué? ¿Por qué sonreía? ¿Acaso no le asustaba la idea de morir? ¿O quizás era porque tenía esperanzas...? – Que mi vida se detenga antes del próximo verano no quiere decir que no tenga futuro. Las personas tienden a pensar en el futuro a largo plazo, como por ejemplo dentro de cinco, diez o quince años, pero en realidad el futuro es dentro de una semana, o mañana, o incluso dentro de un minuto.- tomó aire y se llevó la mano al pecho - Hikari, yo mido mi futuro de esa forma. Vivo ilusionada por saber qué deseo me concederás mañana, o qué pasará dentro de unas horas, o si el vigilante llegaré en cualquier momento y nos pillaré. **Mi futuro es mí ahora.**

La miré con la boca abierta. Nunca había pensado en el futuro de esa manera y en realidad sus palabras estaban llenas de verdad. Las personas tendemos a pensar en el futuro a largo plazo, a hacer planes para semanas, meses o años, en vez de vivir el presente y disfrutarlo al máximo. Para Nao **su futuro era su presente**, mientras que para los que veíamos la vida de otra forma el presente no era nada más que un punto de partida hacia un futuro que anhelamos que llegue deprisa y que nos arrepintamos cuando ha llegado y no haber disfrutado de lo dejado atrás.

-Aun así.- continuó – si no estuviera enferma y fuera a vivir una vida larga me hubiera gustado estudiar periodismo.

-Si hubiera sido así no nos habiéramos conocido.- dije con sorna para romper con la tristeza que me hervía por dentro.

-Cierto, por eso me alegro de estar aquí y ahora. Me alegro de que este futuro me haya traído hasta ti. – me sonrió con dulzura – Puede que suene triste para los demás el conocer mi condición pero yo estoy feliz por seguir un día más con vida. Ahora mismo estoy aquí y eso es lo único que me importa.

Vi que se levantaba lentamente, que cogía carrerilla y... Espera, no irá hacer lo que estoy pensando ¿No?

-¡Espera!- grité pero no me dio tiempo a frenarla cuando había saltado y caía frente a mí con un fuerte ruido. Sentía como las burbujitas que se habían formado me hacían cosquillas en los pies. Después vi a Nao que nadaba hacia mí, muy torpemente, y empezaba a echarme agua. La guerra había comenzado.

Y entre risas me di cuenta de una de las verdades más tristes de la vida, y es que **no todos vemos el mundo de la misma manera**. La suya podría resultar triste, solitaria, pero para mí, sin ninguna duda, era la más hermosa de todas.

Capítulo 7

Sexto Deseo

¿Por qué el tiempo pasa más rápido cuando nos divertimos y más lento cuando deseamos que vaya más rápido? No tenía sentido alguno, pero la vida era así. De pequeños queríamos crecer, y cuando éramos mayores queríamos regresar a nuestra infancia. Querer vivir más despacio, disfrutando, guardando en nuestras memorias cada olor, cada sabor, cada abrazo, cada beso, cada mirada, cada momento vivido ya fuese bueno o malo.

Simplemente vivir.

Creo que eso es lo que piensa la mayoría, pero como ya sabéis yo no. Quería que el tiempo fuese más, más rápido. Que el otoño llegase y seguidamente el invierno y ¡Pum! Primavera y adiós.

Sin embargo, ese pensamiento se había ido ocultando por otro más intenso, más emocionante. Y todo gracias a conceder unos simples deseos a una extraña chica cuya mirada se iba instalando en mi interior con cada pestañeo. Ahora no quería que el verano acabase. Quería seguir hablando con ella, paseando a su lado, aprendiendo su forma de ver el mundo y como convivir con una enfermedad tan depredadora como era la suya.

Quería seguir viéndola cada día.

Maldita sea, me estoy metiendo en tierras movedizas.

Ese día, el día de antes del festival de nuestro Dios del Mar jamás podré olvidarla.

En primer lugar porque me despertó mi padre a las cuatro de la mañana para que le acompañase al puerto. En segundo lugar porque todo acabó siendo una auténtica mierda. Y en tercer, y último lugar, Nao. Mi padre me arrancó de mi profundo sueño cogiéndome de la camiseta y sacándome de la cama con tanta pasividad y poco tacto que ni siquiera sabía qué estaba pasando hasta que el chorro de agua fría de la ducha me dio de lleno sobre la cabeza. Diez minutos. Fue todo lo que dijo dejándome completamente empapado y con la mirada llena de odio.

Tardé media hora en bajar y cuando lo hice se había ido. Y aunque hubiese bajado en el tiempo que me había dicho también lo habría hecho.

No iba a esperarme para caminar juntos al puerto. Él no quería eso y yo ni en sus mejores sueños.

Al llegar al salón mi madre estaba sentada en la mesa esperándome. Me dio los buenos días con una ligera sonrisa, disculpándose por la actitud de mi padre. Me preparó un café muy cargado y me acompañó hasta la puerta. Un beso, un abrazo y un "Buena suerte" fue todo lo que pudo decir.

Caminaba por las calles oscuras escuchando a Oldcodex, mi grupo favorito, para intentar activarme, estar en alerta, prepararme para lo que estaba próximo a suceder y que sería inevitable evitarlo. Daba igual si hacía sol, calor, frío o la tormenta azotaba el litoral. Jamás llegaría a ser el hijo esperado para mi padre.

No entendía por qué se aferraba a lo imposible. ¿Para reírse de mí? ¿Para humillarme? ¿Para que sus compañeros de pesca vieran lo inútil que era? No tenía sentido alguno. Muchos otros hombres del pueblo que también se dedicaban a la pesca se mareaban en el barco y habían decidido quedarse en el puerto, en la lonja, esperando la carga. ¿Por qué yo no podía hacer eso? No es que lo quisiera, pero lo prefería mil veces a tragarme el vómito para que mi padre no me viera.

Odiaba el festival con toda mi alma porque este día no podía librarme como en otras ocasiones. No podía huir, ni esconderme por mucho que lo deseara pues sería mi madre y mis hermanas a las que dejaría en la vergüenza ante todo el pueblo.

-Buenos días.- bostezó Takumi saludándome y provocando que yo le saludara también entre bostezos – Tienes mala cara.

-Y qué cara quieres que tenga. Me acosté tarde y a las cuatro me han sacado de la cama como si fuera un preso para darme una ducha de agua fría.- Takumi sonrió con pesadumbre – Al menos será la última vez que venga a este lugar en este día. El próximo año no pienso aparecer por aquí, ni el otro, ni el otro.

-¿Insinúas que no vendrás a visitar a tu familia?

-Lo haré, pero no los días previos al festival. Es estúpido. ¿Acaso no les sirven lo que pescan los días anteriores?

-Ya sabes que el día más importante para saber que hemos tenido una buena pesca a lo largo del año es hoy. Hoy es cuando, supuestamente, el Dios del Mar nos otorga una gran cantidad de pescado, si está de buen humor, si esta ofuscado como tú tendremos días de fuertes tormentas.- puse los ojos en blanco. Takumi acompañaba a su padre, también pescador, sin embargo había una gran diferencia entre el suyo y el mío. El

suyo jamás le exigió ni le obligó ir a pescar con él, ni mucho menos que siguiera sus pasos. Siempre aceptó que sus hijos eligiesen por sí mismos sus propios futuros, les animaba a ello. Su hermano mayor fue el único que le siguió, aunque él trabajaba en la lonja. Takumi no tenía esa intención y su hermana pequeña tampoco, ella quería ser Youtuber y su padre sonreía orgulloso cada vez que hablaba de ellos.

¿Por qué mi padre no podía ser así? Akane nunca le acompañó a pescar y ¿Yo por qué sí? ¿Qué diferencia había entre nosotros? ¿Qué ella era mujer y yo un hombre?

Me daban ganas de arrancarme los ojos y las orejas para no seguir viéndole, ni escucharle.

-Tío, tienes peor cara que antes. ¿Has desayunado?

-Un café y de todas formas va a acabar de aperitivo a los peces.

-Quizás si comes algo te siente bien y no te mareas tanto.

-No me mareo porque no desayune, me mareo por el movimiento del barco. Con solo pensarlo.- me llevé la mano a la boca. Tuve una arcada y Takumi me masajeó la espalda.

-Puedo decirle a mi padre si puedes quedarte aquí en el puerto y ayudar, una mano más nunca viene mal.- pero negué con la cabeza. Si hacía algo como eso mi padre me lo estaría reprochando durante días y no quería tener que oír sus humillaciones delante de todo el sector pesquero – Como quieras, pero quizás no quieres que cierta persona te vea en este lamentable estado.

Tomé aire y le miré de reojo pero mis ojos siguieron su mirada y toda la rabia y sueños acumulados se esfumaron de golpe. ¿Qué estaba haciendo allí?

-¡Es la hora! – gritaron al unísono el grupo de pescadores y cada capitán se subió a su barco, acompañado de un grupo de hombres y mujeres que formaban parte de su tripulación

-¿Qué estás haciendo aquí? – le pregunté entre aterrado y curioso.

-La señora Kaede me ha hablado mucho de vuestro festival y que el primer preparativo es salir al mar a pescar. Cuando me lo dijo, el señor del 1C nos escuchó y me preguntó si quería formar parte de esa

experiencia y no pude decirle que no. ¡Salir a pescar! ¡En un barco!
¿Cómo podía perderme esa maravilla?

Bufé.

-El padre de Takumi está encantado con que vaya con ellos, por lo visto el señor Ooji es parte de su tripulación. Takumi también estará así que no te preocupes, estaré bien.- sonrió emocionada pero yo no podía contagiarme de su sonrisa como veces pasadas. Me sentía aliviado de que fuese en otro barco, lejos de mí, pero lo que no quería era que viera lo que unos minutos más tarde pasaría.

-¡Hikari!

La voz de mi padre me erizó la piel y el corazón palpitaba aterrado. Me giré al mismo tiempo que me cogía del brazo y me empujaba bruscamente hacia el barco. Señor Aoyama, intentó captar su atención Takumi pero le miré para que lo dejase estar.

Es la última vez. La última vez. Respiré profundamente. La última vez. No estarás aquí el año que viene así que solo tienes que aguantar. No te será difícil, eres todo un experto. Ignora las voces de tu padre y sigue los consejos de Miura y Taki, ellos saben sobre tus mareos y estarán pendientes de ti, así que respira.

Es la última vez.

La última vez y la peor de todas.

No pasaron ni tres minutos de navegación cuando las primeras náuseas aparecieron. Miraba hacia arriba, cerraba los ojos, respiraba profundamente pero la respiración estaba empezando a ir cada vez más rápida. Hiperventilaba. Mierda. Aguanta. El barco pronto se parará y los mareos remitirán. Aguanta.

La boca me sabía a bilis y el esófago me ardía con cada arcada. Pero más me ardía el cuerpo de rabia ante los comentarios de mi padre y los intentos en vano de sus compañeros para que me dejase tranquilo. Estuve a punto de caerme al mar al golpear una ola el bajo de la cubierta en el momento en el que me asomaba para recoger las redes pero Taki pudo agarrarme a tiempo y tirar de mi débil y tembloroso cuerpo.

-¿Estás bien? Hoy el mar está tranquilo pero de vez en cuando puede dar esos pequeños saltos.- rio ante su comentario para calmar mis nervios pero fue en vano.

-Mira que llegas a ser a inútil. ¿De verdad eres hijo mío? – eso último lo

dijo entre susurros pero pude escucharlo perfectamente.

-Seguro que hubieras preferido que me cayese al mar y ahogarme ¿No es así? – pero no respondió. Me dio la espalda y tomó mi lugar para seguir recogiendo las redes en silencio siendo ayudado por Miura y Yana, otra compañera. Pero el ambiente podía cortarse con un cuchillo – Sí, tendría que haberme caído y haberme ahogado, hubiera sido lo más fácil y así tendrías un sacrificio que darle a tu querido Dios del Mar para tener mejores productos en tu pescadería, o tal vez no, como para ti estoy podrido por dentro... – Hikari, me advirtió Taki pero estaba cansado, exhausto. Quería regresar a casa. Tumbarme. Echarme agua fría por la cara. Vomitar hasta escupir las entrañas – Pero tranquilo, no tendrás que volver a sentirte decepcionado por tener un hijo que crees que no es tuyo. – me mordí los labios. Ya no podía parar, cada palabra que salía de mi boca parecían dardos envenenados – El año que viene ya no estaré aquí. Te habrás librado de mí. ¿Es eso lo que siempre has querido, no? Deshacerte de mí. Que me fuera bien lejos para no tener que ver al inútil, basura, desecho y asqueroso de tu único hijo varón. Pero tranquilo, yo también me alegraré de no verte cada día. De no ver tu mirada decepcionante, de no escuchar tus quejas y humillaciones, de no ver a un hombre que figura como mi padre en los papeles del libro de familia pero que luego no ejerce como tal – sonreí sin saber muy bien por qué – Al final de todo seré yo el más feliz por no tener que volver a verte en mi vida.

No lo vi venir.

El puñetazo que recibí me dejó traspuesto. Todo se volvió oscuro, grisáceo y blanco. Veía ráfagas de luces para acabar siendo todo negro. Y volví a vomitar. Y esta vez la bilis me sabía más amarga, más desagradable.

Y el barco, finalmente, dejó de moverse bajo mis pies.

Cuando desperté seguía en mar abierto, el ligero movimiento a mí alrededor me lo confirmaba.

Me incorporé torpemente sobre el viejo sofá y una fina gasa fría cayó sobre mi estómago. Me dolía la nariz, la garganta, el cuerpo. Absolutamente todo. Al menos los mareos habían remitido un poco.

Fui al cuarto de baño y al mirarme en el espejo tenía un aspecto horrible. El rostro demacrado, pálida, la nariz enrojecida y el pómulo izquierdo estaba tomando un color morado. Me lo había buscado, lo sabía, pero si me hubiera controlado hubiera explotado otro día y hubiera sido el doble

de peor porque no lo hubiera hecho delante de mi padre sino que mi rabia habría saltado por los aires con Rin, con Ninako, con mis hermanas o con Nao y entonces me hubiera costado el doble recomponerme.

-Ya estamos terminando, pronto regresaremos a puerto.- Taki había bajado para ver cómo me encontraba – Llevas durmiendo al menos dos horas. Supongo que el golpe te ha ayudado a descansar. ¿Se te ha pasado el enfado?

-Lo siento. No pretendía encolerizar pero.- apreté los nudillos.

-Hikari, todos sabemos cómo eres y los problemas que te ocasiona el subirte a un barco y no por ello te consideramos ni menos hombre ni muchísimo peor persona que ninguno de nosotros. Son cosas que pasan. Por ejemplo, yo soy incapaz de llenar el depósito del coche o del barco porque no soporto el olor a gasolina.

Emitió una ligera carcajada pero yo no tenía ánimos para reír con él.

-Tú estás aquí por voluntad propia, yo no.

-Me recuerdas mucho a mí cuando tenía tu edad.- dijo mientras se apoyaba en la repisa de la pequeña cocina. La parte baja no era muy pequeña pero tampoco lo suficientemente grande para caber allí más de cinco personas – Yo tampoco quería ser pescador, pero tampoco quería estudiar, lo aborrecía. Mi padre era como el tuyo, tozudo como el que más, y estaba obsesionado con salir a pescar juntos cada mañana pero a mí no me apasionaba, no me llenaba, y si salía con él era para hacerle feliz – se encogió de hombros mientras yo hacía todo lo posible para mantenerme despierto, los parpados me pesaban– Cuando terminé el instituto me puse a trabajar en la tienda de licores de la señora Yama. Y trabajar allí no era nada fácil, créeme, pero no me importaba, prefería trabajar duramente a llegar a dónde todo el mundo esperaba de mí, estar al lado de mi padre. Sin embargo, la tienda cerró. No sé si fue por temas de deudas o hubo algún problema con la empresa con la que comercializaban, daba igual, la cosa es que me quedé en la calle.

-¿Te fuiste del pueblo? – pregunté casi sin voz. Tenía la garganta irritada.

-No, me quedé y me hice pescador. Era algo que no quería pero no me quedó más opción. Me había casado recientemente e íbamos a tener un hijo. Anna no quería irse del pueblo porque tenía un negocio familiar, de los pocos que resistían, y quería sacarlo a flote costase lo que costase, y lo consiguió.- sonrió orgulloso – Yo podía haberme ido a la ciudad y regresar los días que libraba o enviar el dinero a casa pero no quería abandonar a mi familia, y a pesar de que odiaba la idea de ser pescador no tuve más opciones que tomar ese trabajo. Y no he dejado de serlo

hasta el día de hoy.

-Pero no tuviste más remedio, tenías un hijo que cuidar.

-Sí, pero había más de un camino y elegí el que más miedo me daba. Quería superarme a mí mismo, quería saber por qué mi padre amaba tanto esta profesión, pero aún no he logrado entenderlo.

-Podrías trabajar de otra cosa.

-¿A mi edad? – negó con la cabeza – Lo único que sé hacer es esto y aunque mi hijo acaba de empezar el primer curso en la Universidad y se ha buscado un trabajo para pagar sus estudios nosotros tenemos que seguir viviendo.- asentí dándole la razón – Sé que esta historia no tiene nada que ver con lo que a ti te pasa, simplemente me apetecía contártela.

-Cierto, son historias distintas pero ambas con un mismo significado.

-¿Lo has pillado? Me alegra saberlo.- me despeinó moviéndome la cabeza despreocupado para terminar disculpándose al ver que volvía a ponerme verde – Lo siento, lo siento, soy muy tosco – se disculpaba a través de la puerta del cuarto de baño – Pero sabes una cosa Hikari, hoy ha pasado algo que jamás olvidaré - ¿el verme vomitar cada dos segundos? Volvió a reírse a carcajadas para quedarse en silencio – Tu padre te quiere Hikari, y quizás tu creas que no pero te quiere, aunque tiene una forma un tanto peculiar de demostrarlo, sin embargo lo he podido comprobar hoy mismo tras ese puñetazo que te ha dado y es que en cuanto has caído al suelo sus ojos estaban llenos de lágrimas, lágrimas que ha derramado en silencio mientras te bajaba hasta aquí abajo, te colocaba en el sofá y te ponía la gasa de agua fría. Y ha estado cuidando de ti hasta que has empezado a despertar. Mira, sé que no es asunto mío y nosotros le hemos dicho muchas veces que te deje vivir lejos de este mundo pero él quiere que estés aquí, no para humillarte ni para sentirse decepcionado, sino porque quiere estar contigo. No quiere verte marchar, sería muy doloroso para él. En el pueblo hay trabajo, no es como antes que los jóvenes se iban a la ciudad. Ahora también se van a estudiar pero la mayoría acaban regresando, ocupándose de los negocios familiares o abriendo otros nuevos. Todo ha cambiado. Ahora somos más turísticos y estamos rebosantes de turistas todo el año, o la mayor parte de él. Por eso tu padre no quiere que te vayas, todo lo contrario, quiere hacerte ver lo que mi padre quiso hacerme ver a mí pero que jamás lo consiguió.

-Pues tiene una manera muy extraña para demostrar eso.

-Lo sé, el mío era igual.

-Sin embargo, jamás lo conseguirá.- salí del cuarto de baño con la cara bañada en sudor.

-No, no lo hará, pero hasta que no dejes las cartas sobre la mesa no lo entenderá, o lo entiende pero no quiere aceptarlo hasta oír esas palabras salir de la boca de su único hijo ya hecho todo un hombre, y no de un mocoso que se queja cada dos por tres.

Pasé por su lado y volví a tumbarme dando por finalizada la conversación. Le escuché resoplar y luego subir las escaleras.

¿Qué mi padre había llorado? ¿Por mí? No me hagas reír...

Cuando llegamos al puerto el sol estaba en todo lo alto, brillando con fiereza. Hoy también sería un día de altas temperaturas lo que muchos agradecerían pues si estaba haciendo buen tiempo era gracias a que el Dios del Mar estaba contento y eso provocaba que los demás festejasen.

Fue poner un pie en tierra firme y sentirme renacer. Aún seguía un poco mareado, y el pómulo se estaba hinchando. La bolsa de hielo que Yana me había dado no había funcionado mucho. ¿Qué debería decirle a mi madre? ¿Mi padre se lo contaría? Sabía que no, y si lo hacía no la historia completa. Quizás era mejor decirle que al marearme me había golpeado con algo. Eso podría servir.

-¡¡Hikari, aquí, aquí!!

Me giré hacia la derecha. El barco del padre de Takumi, el llamado Sekai*, estaba echando el amarre y Nao me saludaba con una cálida sonrisa pero yo no quería que me viera en tal lamentable estado.

Así que no me quedó otra que salir huyendo.

Corría. Corría. Y no quería parar. No quería hablar con nadie. Mis pulmones apenas se llenaban de aire porque no daba opción a ello. Mi corazón quería saltar al exterior. Explotar. Quería olvidarme de aquella madrugada, de aquella mañana, de ese puñetazo, de las palabras de mi padre, de mis propias palabras, pero sobre todo quería olvidarme de lo que Taki me había dicho. Era imposible. El corazón de ese hombre estaba hecho de hielo blindado de acero.

Empecé a gritar a medida que corría. Expulsar todo lo que sentía en ese momento que ni yo mismo entendía pues no lograba entender mis sentimientos y nunca los llegaré a entender. Había estado viviendo en la

oscuridad, una oscuridad que me parecía reconfortante, cálida, y protectora, pero estos días estaban haciendo una montaña rusa. Todo en mí estaba empezando a cambiar y lo de hoy le estaba dando otro giro a mi inestabilidad.

¡Que todo acabe ya!

-¡Hikari!

¿Nao?

No había duda alguna, Nao había salido corriendo tras de mí. Me había seguido y apenas se sostenía en pie.

-Es-espera...

-¿Pero qué estás haciendo? – corrí hacia ella justo a tiempo de cogerla en brazos. Las gotas de sudor le resbalaban por la cara y su palidez me aterraba - ¿Eres tonta o qué? ¡Cómo se te ocurre correr en tu estado!

-Te llamé pero no me escuchabas así que salí corriendo detrás de ti. Eres muy rápido... - dijo con un hilillo de voz.

-Ven, sentémonos un rato. Iré a por una botella de agua.- pero Nao miró a su alrededor y yo con ella. ¿Estábamos fuera del pueblo? Ni me había dado cuenta de que había corrido hacia la zona rocosa del acantilado. ¿A dónde querías ir? Me preguntó una vez que su respiración estaba volviendo a la normalidad con mucha lentitud – A ninguna parte. Solo corría.

-Entonces, subamos allá arriba.- me señaló el acantilado y acepté sin más. Caminaba con pies torpes, estaba cansada y era todo culpa mía. ¿Te divierte ver como los demás se preocupan por ti y tú les ignoras? Alguien me dijo una vez eso pero ¿Quién?

-Me encanta este lugar.

Nao se aproximó al filo del acantilado sin soltarme de la mano, impidiéndome huir de nuevo, y una suave y deliciosa brisa despejó todos mis pensamientos lanzándolos lejos, devolviéndome mi cordura.

-¿Sabes que este fue el primer lugar que visité cuando llegué aquí? – negué con la cabeza – Pues sí, estas fueron las vistas que me enamoraron. El sol estaba cayendo y tocaba la delgada línea del mar mientras el cielo se tornaba de colores anaranjados, rosados y morados. Un verdadero espectáculo visual. Un atardecer de en sueño.

-Muchas parejas vienen aquí durante el verano para ver los atardeceres. Es conocido como el acantilado de los enamorados.

Nao sonrió y se sentó contemplando el paisaje totalmente diferente al que ella vio. El sol no tocaba la línea del mar sino que lo calentaba desde lo alto, esperando a ese momento en el que conectarían de nuevo para dar paso a la noche.

-Esa tarde conocí a la señora Kaede. Estaba completamente sola, arrodillada justo aquí.- acarició la fina hierba que quedaba entre ella y yo – Rezaba. Estaba rezando por el alma perdida de su hijo que se ahogó en el mar que tanto ha amado y venerado.

-Lo sé, su hijo salió a navegar con unos amigos. El tiempo era perfecto para ello pero el mar es traicionero a veces y ese día fue uno de ellos. Yo era pequeño cuando sucedió pero recuerdo a los ancianos del templo vestidos con túnicas blancas ocultando sus rostros acompañando a dos féretros por todo el pueblo hasta llevarlos a sus respectivas casas. Eran cinco amigos y solo hallaron el cuerpo de dos. Es una imagen que aún me persigue en sueños.

-Es triste perder a alguien querido pero perderlo y no recuperarlo...No puedo imaginarme cuánto dolor deben de haber sufrido y siguen sufriendo - la miré de reojo esperando verla emocionada pero sus ojos seguían anclados en las aguas oscuras – También me contó que viene aquí cada atardecer rogándole al Dios del Mar que cuide de su hijo y de sus amigos pues sus almas deben estar perdidas en las profundidades. Le pide que las guíe de vuelta a casa. Pero él nunca contesta.

-Han pasado muchos años.

-Sí, pero ella sigue rezando igualmente por si acaso su hijo ha decidido ser parte del Dios del Mar y pueda verla desde la lejanía cuidándola.

La señora Kaede había logrado recuperarse gracias a su familia pero una de las otras madres fue una mañana a la playa y jamás regresó. No había conseguido superar la pérdida de su amada hija, su único familiar, y se hundió esperando reencontrarse con ella.

-¿Me vas a contar por qué huías?

-¿Quién te dice que estabas huyendo? – me señaló el pómulo no dejándome más opciones – Ha sido una mañana muy larga.

Lo dije para que se diera cuenta de que no quería hablar más del tema pero Nao quería saber más pues sus ojos oscuros ya no miraban el mar, sino que estaban fijos en mí. Esperaba en silencio escuchar mi historia. No quería hacer preguntas, tan solo esperaba a que las palabras salieran de

mi interior. Otorgándome tiempo para que hablase cuando me sintiese preparado.

-Como bien has oído del señor Ooji, hoy es el mejor día para ir a pescar porque así sabemos si el Dios del Mar está contento y nos honra con una buena cantidad de todo tipo de buenos peces. En la agricultura pasa lo mismo.- Nao asintió – Pues bien, mi padre no quería que me perdiera este día por nada del mundo, así que no tuve otra opción que acudir.

-Por el aspecto que tienes no lo has debido pasar bien.

-Sí, bueno, lo de los vómitos es lo de menos. Digamos que mi padre y yo hemos roto nuestra relación definitivamente.

-¿Romper? ¿Qué quieres decir con eso?

Se la veía realmente preocupada y yo no quería oscurecer la felicidad que había vivido esa madrugada.

-Me ha dado un puñetazo.- se llevó las manos a la boca y luego, con los dedos temblorosos, me acarició el pómulo hinchado con mucho cuidado y yo me dejé llevar por su frialdad. Me aliviaba – Él ha dicho lo que quería decir y yo también. Eso es todo.

-¿Eso es todo? ¿Qué te ha dicho? ¿Qué le has dicho?

-Él se pregunta si soy hijo suyo y yo le he dejado claro que no estaré aquí el año que viene, ni ningún otro, que estaba deseando irme para no tener que volverle a ver.

-Sois idiotas.

-¿Yo? Si ha sido él quien ha ejercido la violencia con su hijo.

-¿No has pensado nunca que quizás tu padre no habla contigo porque no sabe cómo hacerlo? ¿Sabes cómo fue su infancia? ¿Qué relación tenía con su padre, tu abuelo?

-No lo sé, nunca me ha interesado saberlo. Mi relación con mi padre siempre ha sido fría desde que-

-Desde que te dijo que no a tu sueño. Hikari, tenías siete años. Seguramente le dolió que su único hijo no siguiera sus pasos y tal vez por eso, al ver que no tenías interés intentó enseñarte todo lo que él sabía y amaba. ¿No empezaste a ir a pescar más a menudo a raíz de eso?

-Sí, cada domingo y cada domingo regresaba a casa como si me hubiera

pasado un tren por encima.

-¿Hasta cuándo?

-Hasta cuándo, qué.

-Hasta cuando duró eso.

-No lo sé ¿Hasta los doce? – respondí arisco - Lo aguanté como pude por ser mi padre pero ya no lo soporté más y me escapaba de casa la noche anterior y aparecía a la mañana siguiente. Aún me duelen las orejas de los tirones que recibí de mi madre y de los gritos de mi padre, pero a la siguiente vez no pasó nada, ni la otra, ni la otra. Se dio por vencido. Pero no los días previos al festival, y cada vez que llegaba ese momento me hacía trabajar el doble, con malas miradas y palabras hirientes. ¿Cómo crees que debe sentirse un hijo al escuchar todo eso de la boca de su padre aun sabiendo que es incapaz de subirse a un barco?

-Quizás no sepa cómo tratar contigo, o quizás su padre fue así con él y es la única referencia que tiene para tratar contigo.

-No trata a mis hermanas de la misma manera así que esa opción está descartada.

-Os trate de forma diferente o no es lo que pienso, y tal vez no sea así, precisamente por eso tenéis que hablar. No podéis dejar esto así o no seréis capaces de pegar lo que ya ha empezado a romperse.

-¿Para qué me vuelva a dar otro puñetazo? No gracias.

Me levanté de nuevo sintiendo como mis demonios regresaban a mí. La mente en blanco había durado poco tiempo.

-Eres un cabezón.

-Mira, sé lo que intentas hacer. Rin ya lo intentó, todos ya lo han intentado, y no. No pienso hablar con él, no pienso abrir mi corazón y decirle cómo me siento y como me ha hecho sentirme todos estos años. Con tan solo verme ya lo sabe. Sabe que no quiero estar más en esta casa, ni en este pueblo. Sabe que me quiero ir y eso haré.

-¿Por qué siempre huyes?

-Yo no huyo.

-Sí que lo haces. Hoy has salido huyendo, saliste huyendo cuando eras pequeño para no ir a pescar con tu padre. Huiste cuando te dijimos que a Ninako le gustabas. Huyes y huyes, corres y corres sin pararte a pensar,

sin mirar a tu alrededor, sin saber si quiera qué siente tu padre.

-Nada, no siente nada con respecto a mí.

La escuché resoplar molesta pero me daba igual. Si quería enfadarse era libre pero no iba a hablar con él. No después de lo de hoy.

-Hikari, ¿Llorarías si tu padre muriese? – no me atreví a mirarla a la cara - ¿Llorarías su muerte? – insistió - ¿Si cayese enfermo? ¿Si un día su barco se hunde en las aguas y jamás recuperaréis su cuerpo? Dime ¿Llorarías?

-Eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando.

-Claro que sí. El decirle a tu padre que te quieres ir de aquí y no regresar jamás es como dejarle bien claro que para él su padre está muerto.

-Bueno, regresaría de vez en cuando.

-Para ver a tu madre y a tus hermanas, no a él.- me sentía incómodo – Hikari, te conozco de muy poco tiempo pero lo suficiente para darme cuenta de cómo eres y sé qué harás lo que al final llevas pensando hacer todos estos años, pero antes de que tomes una decisión definitiva quiero que escuches las palabras de alguien que se está muriendo.- me giró hacia ella y acercó su rostro al mío – No pierdas el tiempo huyendo. Afronta tus miedos, afronta a tu padre y dile lo que guardas aquí dentro – posó la mano sobre mi pecho y estaba seguro que pudo sentir las palpitaciones a un ritmo vertiginoso – La vida es demasiado corta para estar enfadado con las personas a las que queremos pues en un abrir y cerrar de ojos desaparecen sin darnos la opción de decirles te quiero, de pedirles perdón, de decirles adiós.

Acompañé a Nao hasta el complejo de apartamentos en silencio, cada uno sumergido en sus propios pensamientos. Yo la miraba de reojo pero ella no parecía mirarme a mí. ¿Estaba enfadada? Era yo quien había recibido un puñetazo y un golpe más mortífero directo al corazón. Las palabras de Nao me habían golpeado con tanta fiereza que me habían dejado tocado, hundido. Por más que pensase en lo que me había dicho no encontraba ninguna respuesta para poner en palabras, para expresarla, pero sí me sentía extraño. Vacío.

-¿Qué ha sido eso?

Preguntó justo llegando a los apartamentos.

-Es el gong del templo Aka.- ¿El gong? – El sonido que se produce al golpear un platillo.

-Sé lo que es un gong pero ¿De dónde viene? – señalé los altavoces que estaban colocados en todo lo alto de en un poste de luz.

-A lo largo del día escucharás dos más, y al tercero tendrás una cita.- le guiñé el ojo pero Nao no pareció percibirlo. Estaba ensimismada con la dulce música de un violín que salía de los altavoces – Al tercer gong el pueblo acude al Templo de Aka para ser testigos de quién será la elegida para el sacrificio floral de este año.

-¡Es cierto! Lo dijo Rin el otro día. ¿Vas a venir, verdad?

-No me apetece mucho, y tampoco quiero darle explicaciones a los demás de esto.- el pómulo me dolía una barbaridad pero debía seguir aguantando.

-¡Por favor Hikari, ven conmigo! Tengo muchas ganas de ver cómo eligen a la chica, de cómo es el templo, de vivir esta experiencia.

-Si lo pides como un deseo, te lo concederé.

Para que dije más. Sacó de una riñonera negra la libreta y en menos de dos segundos ya lo tenía anotado.

Visitar el templo de Aka.

Ser testigo de cómo seleccionan a la chica que será el sacrificio floral del Dios del Mar.

Ir al festival.

Que Hikari hable con su padre.

Me sorprendí al leer éste último.

-¿Y bien, mi genio de la libreta? ¿Por cuál quieres empezar?

Seré bocazas.